

18
DAD
CIÓN

ALBERT
MUNICH

IOA
PQ4318
.58
D5





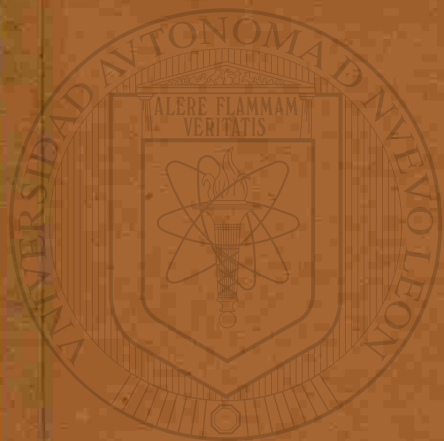
1020017068



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XXI.

DANTE, TASSO, PETRARCA.

LA VIDA NUEVA. — AMINTA. — CANCIONES.



MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION
calle de Leganitos

1876.

111351

PQ 4318

.58

DS



Madrid, 1876.—IMP. EST. Y CALV. DE ANIBAU Y C.^{ta},
SUCCESORES DE RIVADENEYA,
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Dante es conocido en España por su *Divina Comedia*, no por su *Vida Nueva*, hasta hoy no traducida. Tasso lo es más por su *Jerusalén Libertada* que por su *Aminta*, á pesar de haberla vertido al castellano en excelentes versos uno de nuestros mejores poetas, D. Juan de Jáuregui.

La *Vida Nueva* es, sin embargo, una especie de autobiografía del Dante, donde este grande autor descubre bajo formas delicadas y poéticas los más íntimos secretos de su pasión por Beatriz, en cuya compañía supuso haber recorrido después los ámbitos del cielo. *Aminta* es una fábula pastoral de primer orden, llena de dulces y tiernos pensamientos, correcta, acabadísima, reflejo de todos los colores y pebetero de todos los ricos perfumes de la naturaleza. En ambas obras se pinta al amor, pero en cada una bajo distinto aspecto. En la *Vida*

Nueva es, por decirlo así, el amor divino puesto en criatura humana; en *Aminta* el amor humano elevado casi á lo divino por la inocencia y la poesía.

Creemos, por lo tanto, que se nos ha de agradecer la reunion en un solo volumen de tan preciadas joyas. La traduccion de *Aminta* es un verdadero modelo: no dejará mucho que desear la de la *Vida Nueva*, donde se conservan hasta los giros y el especial estilo del *altísimo* poeta.

Para complemento de este volumen, damos aún algunos sonetos y canciones de Petrarca á Laura, traducidos por Enrique Garcés. Sirvan como de muestra al lector, interin publicamos *Los Triunfos* de tan inspirado vate.

LA VIDA NUEVA,

DE

DANTE ALIGHIERI.

En aquella parte del libro de mi memoria, ántes de la cual poco podria referir, enenéntrase un epigrafe que dice: *Incipit Vita Nova*: "Aquí comienza la Vida Nueva", bajo el cual están escritas no pocas cosas con palabras que, si no textualmente, al ménos en sustancia, apuntaré en este librito.

Nueve veces ya, desde que nací, diéram una vuelta total la esfera celeste, cuando por vez primera se presentó á mi vista la gloriosa dama de mis pensamientos, á la cual dieron en llamar Beatriz, por no acertar á designarla con otro nombre. No había aún trascurrido del tiempo de su vida sino lo que tarda la misma celeste bóveda en andar hácia el Oriente la duodécima

Nueva es, por decirlo así, el amor divino puesto en criatura humana; en *Aminta* el amor humano elevado casi á lo divino por la inocencia y la poesía.

Creemos, por lo tanto, que se nos ha de agradecer la reunion en un solo volumen de tan preciadas joyas. La traduccion de *Aminta* es un verdadero modelo: no dejará mucho que desear la de la *Vida Nueva*, donde se conservan hasta los giros y el especial estilo del *altísimo* poeta.

Para complemento de este volumen, damos aún algunos sonetos y canciones de Petrarca á Laura, traducidos por Enrique Garcés. Sirvan como de muestra al lector, interin publicamos *Los Triunfos* de tan inspirado vate.

LA VIDA NUEVA,

DE

DANTE ALIGHIERI.

En aquella parte del libro de mi memoria, ántes de la cual poco podria referir, enenéntrase un epigrafe que dice: *Incipit Vita Nova*: "Aquí comienza la Vida Nueva", bajo el cual están escritas no pocas cosas con palabras que, si no textualmente, al ménos en sustancia, apuntaré en este librito.

Nueve veces ya, desde que nací, diéram una vuelta total la esfera celeste, cuando por vez primera se presentó á mi vista la gloriosa dama de mis pensamientos, á la cual dieron en llamar Beatriz, por no acertar á designarla con otro nombre. No había aún trascurrido del tiempo de su vida sino lo que tarda la misma celeste bóveda en andar hácia el Oriente la duodécima

parte de un grado, y, por tanto, cuando la conocí áun no era entrada en sus nueve años, que entónces yo acababa de cumplir. Al aparecerse á mi vista con nobilísimo aspecto, vestida de color rojo, humilde y honesta, ceñida graciosamente y adornada cual convenia á sus juveniles años, senti que el espíritu vital que en lo recóndito del corazon tiene su morada, comenzó á latir con gran fuerza en mi pecho y recibió honda impresion todo mi organismo, cual si yo interiormente me dijera: *Ecce Deus fortior me qui veniens dominabitur mihi* (« hé aquí á tu Dios superior á mí que viene á sobreponérseme »). Desde entónces el espíritu animal que reside en el punto donde toda sensacion es percibida, pareció maravillarse grandemente y dirigirse á los ojos para decirles: *Apparuit jam beatitudo vestra* (« ya se apareció vuestra dicha »). Y á su vez el espíritu natural que tiene su asiento hácia donde el alimento corporal se elabora, sintióse movido á llanto y prorumpió diciendo: *Heu miser! quia frequenter impeditus ero deinceps!* (« Ay de mí! cuán atormentado seré en adelante! ») Y en verdad que desde entónces puedo decir

que el Amor se enseñoreó de mi alma, uniéndose tan íntimamente á ella y tomando sobre todo mi sér tal ascendiente, en virtud del mismo vigor que mi imaginacion le comunicaba, que me senti forzado á prestarle completa obediencia. En tal situacion sentime como secretamente impelido á ir en busca de aquel ángel de juventud (cosa fácil en aquellos mis primeros años), y á seguir en pos de su gentil persona; hubiera podido decir de ella con Homero: « Más parecia hija del mismo Dios que de hombre mortal. » A pesar de que su imágen bella, que sin tregua me perseguía, fuese el medio de que el Amor se valiera para subyugarme, tan poderosa virtud habia en ella, que nunca éste pudo dominarme hasta tal grado, que me hiciera perder el freno de la razon en circunstancias oportunas. Mas como quiera que podrian parecer á los más puras ilusiones de mi fantasia todos los esfuerzos que hacia en resistir á tal pasion en tan tierna edad, no insistiré sobre esto en manera alguna, tratando de otras cosas grabadas en mi memoria con más indelebles caractéres.

Trascurrido el plazo suficiente para que

mi amada hubiese cumplido los nueve años de edad, despues de aquella tan sobrenatural aparicion, volvióseme á presentar de nuevo cierto dia, vestida de una blanquísima túnica, entre dos de edad más madura. A su paso, y volviendo los ojos hácia mi temeroso, con imponderable cortesía que ya el cielo habrá recompensado, saludóme tan expresivamente, que me creí trasportado á los últimos términos de la beatitud. La hora en que me dirigió este amabilísimo saludo fué próximamente la de nona; y como quiera que ésta fuese la vez primera que el timbre de su voz llegó á mis oídos, me embargó tan dulce turbacion, que, como fuera de mí, me retiré á lugar solitario en un rincon de mi estancia, entregándome sólo á pensamientos de ella y de su amable cortesía. En tal disposicion me entregué á un dulce sueño en que me sobrevino una vision maravillosa: veíame como rodeado de una nube de color de fuego, á traves de la cual percibía la figura de un varón de aspecto venerable y de semblante placentero. Entre otras muchas palabras que yo apenas podia comprender,

oi que me decia: *Ego Dominus tuus* (« Yo soy tu señor »). Asimismo creí ver que sobre sus brazos yacía una jóven ligeramete envuelta en una rojiza túnica; miré más atentamente y pude entónces venir en conocimiento de que no era otra sino aquella en quien se cifraba todo mi bien, la que tan amable saludo me dirigiera. El mismo misterioso y grave personaje me mostraba en una de sus manos como un cuerpo encendido en llamas, y parecia decirme: *Vide cor tuum* (« Mira tu corazon »). Pasados breves instantes y despertando á la que dormía, con no poco esfuerzo de su parte la introducía en la boca aquel ardiente corazon, no sin gran repugnancia de ella. No se tardaba mucho tiempo, y ya aquel alegre semblante que primero mostrára, nu- blábase con amarguísimo llanto; y de esta suerte me parecia que se replegaba dentro de sus mismos brazos y volaba al cielo. Asi aquejado yo de cruel angustia desperté azorado, y segun pude comprender me habia sobrevenido tan extraña vision en la cuarta hora de la noche, y por consiguiente, en la primera de las nueve últimas de la misma. Meditando despues sobre tan

misterioso sueño, creí deber comunicarlo con algunos insignes poetas y trovadores de aquel tiempo, y como ya hubiese experimentado serme á mí mismo fácil el arte de la rima, me propuse, saludando de paso á todos los fieles amadores, y con objeto de que juzgasen acerca de mi vision extraordinaria, componer este soneto:

«A toda alma cautiva, á todo noble corazon á quien llegaren estas mis palabras que en són de consulta quiero dirigirles, salud, en nombre de su señor el Amor.

» Ya casi trascurridas las horas en que las estrellas envían su resplandor á los mortales, Amor, cuya esencia ni quiero recordar, se me apareció de repente.

» Con apacible semblante mostraba en su mano mi propio corazon, y una hermosa jóven ligeramente vestida descansaba durmiendo sobre sus brazos.

» Despertándola, hacíala comer de aquel ardiente corazon; ella obedecía humilde, y esta vision se apartaba de mi vista, no sin dejarme sumido en amargo llanto.»

Muchas y muy diversas sentencias fueron dadas como interpretaciones de la ma-

teria tratada en este soneto; entre los autores de ellas hubo uno á quien yo desde entónces pude llamar mi primer amigo, puesto que, luégo que fué sabedor de ser yo quien esperaba su respuesta, me escribió cierto soneto, entónces oculto á todos, al presente conocido ya hasta de los más ignorantes.

A contar del dia en que se me presentó mi ideal vision, mi espíritu quedó tan preocupado, que fui inhábil para todo, entregándose por completo mi pensamiento al de la hermosa y gentil criatura. Tornóse mi natural débil y flaco; hasta á los amigos pesaba de mi encuentro, y si me dirigian la palabra, era tan sólo con el fin de inquirir lo que yo intentaba precisamente guardar secreto en el fondo de mi pecho. No era fácil, con todo, que se ocultasen al mundo las huellas que el amor imprimiera sobre mi frente, y así solia responder á algunos vagamente en el sentido de ser esta pasion la que á tal punto me habia conducido; si su impertinencia iba más allá hasta querer saber el nombre de mi amada, mirábales sonriendo y sellaba sus labios con mi profundo silencio.

Sucedió un día hallarse la gentil señora de mis pensamientos en cierto lugar sagrado, en una festividad en que se tributaban honores y alabanzas á la Reina de los cielos. Allí fui yo tambien, colocándome en frente de ella de modo que pudiese gozar la dicha de contemplarla; como se interpusiese en medio de ambos y en línea recta cierta apuesta dama de noble presencia que dirigia de continuo sus miradas á mi persona (sin duda maravillada de mi misma distraccion ó acaso pensando ser ella el objeto de mi curiosidad), no faltó quien se apercibiera de ello y llegase á decir á mis espaldas: «Mucho miraba á éste aquella dama», y pronunciando su nombre al decir esto pude asegurarme que no se referian á otra sino á la que habia ocupado el centro de la línea recta que, partiendo de Beatriz, terminaba en mis ávidos ojos. Alegréme con esto no poco, seguro ya de que mi continuo mirar no me habia hecho traicion divulgando mi dulce secreto. Y de este error me propuse sacar partido, escudándome con aquella gentil dama como con una égida que ocultase al mundo la verdad; así logré engañar en este punto

á los más, y con este fin llegué hasta componer algunas rimas que no quiero transcribir, aunque intencionalmente fuesen dirigidas á mi bella Beatriz y contuviesen alabanzas en pro de mi amado bien.

Por aquel mismo tiempo en que con tales artes encubria el verdadero objeto de mi pasión amorosa, me sobrevino gran deseo de celebrar el nombre de mi amada mezclado con el de otras muchas jóvenes, y más particularmente con el de mi supuesta dama; así pues, escogiendo los de sesenta de las más bellas de aquella ciudad, patria, por voluntad del Altísimo, de la mia, escribí cierta epístola, que no transcribo aquí ni aún tomaria en mientes si no fuera por que, en virtud de no sé qué misterioso artificio, se verificó que no pude colocar el nombre de mi dama, á causa de la rima, sino el noveno entre los nombres de las otras.

Mas en tanto, aquella por cuyo medio habia podido ocultar mi verdadera pasión, tuvo que ausentarse de la ciudad y partirse á lejanas tierras; quedéme con esto tan desorientado y confuso, cual nunca hubiera podido imaginar; pero reflexionando

que, de no mostrar de algun modo mi sentimiento por aquella ausencia, se haria más pronto patente mi secreto, decidí exponer mis lamentos en un soneto que copiaré, por ser mi dama aludida en él en ciertas expresiones que sin duda podrá comprender el lector. Decia así:

« ¡ Oh, vosotros que pasais por las vías del Amor, paraos y ved si hay algun dolor comparable al mío! Sólo os ruego tengais á bien escucharme por breves instantes y despues juzgad si está ó no cifrado en mí todo mal.

» No ya por mis méritos, escasos ciertamente, más por su misma excelencia, díome el Amor vida tan dulce y suave que pude oír á muchos decir de mí: « Acaso merece este corazon gozar de tan gran dicha?

» Mas ¡ ah! ya perdió este toda la impetuosa alegría nacida de su amado tesoro y ya no sabe sino callar.

» Y cual aquellos que se esconden con vergüenza de su misma poquedad, fingiendo exterior tranquilidad, más llora y se destroza interiormente.»

No mucho despues de la partida de la referida dama, plugo al Sumo Hacedor

llamar á sí á cierta jóven de bellas prendas y grandementé celebrada en la misma ciudad; y teniendo yo ocasion de contemplar su inerte cuerpo, al cual rendian último tributo de dolor várias piadosas mujeres, hice memoria de haberla visto algunas veces en compañía del objeto de mis desvelos; no pude evitar el verter algunas lágrimas, y áun me propuse honrar su memoria en los dos sonetos que siguen, en que se ponen de manifiesto estas circunstancias:

« Llorad, amantes, puesto que Amor llora, y sabed la causa de sus lamentos, ya que convoca á piadoso llanto á estas mujeres que muestran en tan amargas lágrimas su duelo.

» Muerte traidora arrebató esta flor, áun ántes que el mundo percibiese su perfume y hablase en su alabanza.

» El mismo Amor honró tanto su memoria, que en forma visible se le vió lamentándose sobre los inanimados restos,

» Y dirigir sus ojos hácia el cielo, ya morada eterna de la, cual ninguna, bellísima doncella.»

« Muerte vil, ajena á la compasion, anti-

gua madre del dolor, de terrible é irrevocable fallo, pues que has sumido en lo profundo del dolor á mi corazón, no ha de cejar mi lengua un punto en tus vituperios.

» Y pues tan ajena á la piedad te muestras, bien es que publique tus perversas intenciones; no porque á nadie estén ocultas, sino para inducir á mayor enojo el corazón de los que en lo futuro cediesen á los halagos de Amor.

» Arrebataste de la tierra un ángel de sin igual dulzura y cortesía, cuando más brillaban en ella los encantos de la gracia y la juventud; con ella destruiste en un punto todas las delicias amorosas.

» No diré el nombre de esta dama, pues harto publica sus virtudes la fama. Quien no sea digno de la salud eterna, pierda toda esperanza de estar en su compañía.»

No mucho despues de la muerte de esta jóven, hube, por ciertas circunstancias, de ausentarme de aquella ciudad, llevándome la casualidad hácia donde residía aquella otra dama que por algun tiempo me sirviera para disimular mi verdadero amor, si bien no llegué hasta el mismo punto de su residencia; y no obstante que caminé

en grata compañía, hizoseme en extremo penoso aquel viaje, por no poder mi pecho desahogar la pena que le aquejaba á medida que se separaba de su único bien. Representábaseme mi dueño el Amor—que tan dulcemente me tiranizaba con la imagen de mi adorada—cual pobre y mal vestido peregrino, que como distraído, fijaba sus ojos, ora en la tierra, ora en una hermosa ribera por do se deslizaba límpida y cristalina corriente, no léjos del camino que yo seguía. En medio de mi delirio, creía oír que me decía: «He visto á aquella dama que encubrió por tanto tiempo tu amor y sé que su ausencia será perpétua; empero, como soy dueño del corazón que simuladamente la consagrabas, le depositaré en el de otra dama que, cual la primera, te servirá para que cese toda sospecha.» Diómela entónces á conocer por su nombre, y añadió: «Si tratas de repetir algunas de mis palabras, guárdate de descubrir el secreto de este aparente amor hácia ambas damas, ó el que en adelante te conviniese fingir por alguna otra.» Y dicho esto, desapareció súbitamente de mi esta fantasía, dejando hondamente impresionado á mi es-

piritu en tal manera, que todo aquel día caminé pensativo, con demudado semblante, y arrojando frecuentes suspiros. Al fin de aquella jornada pude componer este soneto:

«Cabalgando ayer por un camino, no poco preocupado y marehando á pesar mio, me encontré frente á frente al Amor, vestido con ligero traje de peregrino.

»Parecióme á primera vista de ruin y pobre aspecto, cual si hubiese declinado su prestigio; suspiraba mustio y cabizbajo esquivando toda mirada.

»Luego que se apercibió de mí me llamó por mi nombre, diciéndome: «De lejos vengo: de allí donde tu corazón, por mi voluntad, yacía cautivo.

»Mas ahora le he arrancado de allí, á fin de que perciba nuevos placeres.» Tal emoción sentí con estas palabras, que, sin yo notarlo, se partió de mi lado desapareciendo la vision.»

Vuelto ya de mi viaje díme á averiguar cuál pudiese ser aquella dama que el Amor me anunciara en el camino de los suspiros. Para abreviar, diré que en corto plazo hallé manera de fingir tan perfectamente

mi pretendida pasión, que llegaron algunos á referirlo en términos para mí hasta poco decorosos, lo cual hubo de enojarme naturalmente. Estas hablurías con que se pretendió poner tilde á mi fama hicieron efecto hasta en el ánimo de la noble Beatriz, reina de todas las virtudes y destructora de todos los vicios; y á tanto llegó, que habiéndonos encontrado casualmente al paso, me negó su dulce saludo, en que estribaba entonces mi única ventura. Sí, en esto cifraba mi dicha toda: cuando se me aparecía mi dulce bien, donde quiera que fuese, con la esperanza de que me saludase, me olvidaba primeramente de todos mis enemigos, y una encendida caridad inflamaba súbitamente mi pecho, deseando perdonar á todos los que en algún modo me hubiesen ofendido; y si alguno me hubiese dirigido entonces cualquier pregunta, solamente hubiera sabido contestarle con esta palabra *Amor*, pronunciada con acento de humildad. Y aún más, si Beatriz hacía ademán de saludarme, el espíritu amoroso, sobreponiéndose á todos los otros espíritus sensitivos, hacía que se mostrasen más al exterior los débiles espi-

ritus de la vista, diciéndoles: «Id y honrad á vuestra Señora», tornando luego aquel primer espíritu á ocupar su lugar. Cualquiera que hubiese querido conocer al Amor hubiera podido fácilmente observarle en la expresion de mis ojos. Cuando mi noble dama saludaba, no solamente el Amor era incapaz de privarme de mi excesiva felicidad, sino que tambien él mismo quedaba tal con esta dulzura, que mi cuerpo, en un todo sometido á su poder, permanecia como inerte é inanimado. Así me persuadia á que en su salud moraba mi dicha, no obstante que á menudo sobrepujaba y excedia á mis facultades.

Mas volviendo á mi propósito, despues de haberme negado el para mí tan dulce consuelo de su salud, tanto pudo en mí el dolor, que huyendo de las gentes á lugar solitario, regué la tierra con llanto amarguísimo, y aún despues de haber desahogado algun tanto mi pena, me retiré más aún adonde pudiese libremente dar rienda suelta á mi dolor: allí imploraba misericordia de mi amada; allí invocaba al Amor para que viniese en socorro de su fiel siervo. De esta suerte llegué á dormir-

me, cual el tierno infante despues del castigo sufrido. En medio de mi sueño parecia distinguir que, no lejos de mí, y en aquella misma mansion, se me aparecia cierto mancebo, vestido todo de blanco, en ademan pensativo y como mirando al lado en que me encontraba; éste me decia: *Fili mi, tempus est ut prætermittantur simulacra nostra* («Tiempo es, hijo mio, de acabar con nuestros vanos ensueños»). Reconocile entónces, pues que me llamaba cual otras veces, y pude ver, fijándome más, que, movido de compasion por mí, lloraba. Como me pareciese que aguardaba mi respuesta, comencé á decirle: «Señor de toda nobleza, ¿por qué lloras?». Su respuesta fué decirme: *Ego tanquam centrum circuli, cui simili modo se habent circumferentia partes; tu autem non sic* («Soy como el centro del círculo, al cual se refieren todos los puntos de la circunferencia; no así tú»). «¿Por qué me hablas con tanta oscuridad?». repuse yo; entónces, respondiéndome ya en lengua vulgar, me dijo: «No me preguntes sino cosas útiles». Entónces le referí mi afliccion y su causa, esto es, haberseme negado aquel saludo; é

interrogado acerca del motivo de esto, re-
puso: « Nuestra Beatriz ha llegado á saber,
hablando de tí con ciertas personas, cómo
aquella dama que te mostré en el camino
de los suspiros habia recibido de tí algu-
na ofensa, y como quiera que su delicadeza
no puede soportar ni la más ligera
sospecha de mal causado á nadie, no se ha
dignado saludarte, temiendo que pudieses
ser culpable. Mas al mismo tiempo, como
te conoce bien y es sabedora de tu secre-
to, quiero que compongas unos versos en
que expreses cuánto dominio ejerce sobre
tí su virtud, habiéndole pertenecido des-
de tus más tiernos años. De esto toma por
testigo á aquel que lo sabe, y dile cómo le
ruegas que á este propósito diga toda la
verdad, pudiendo estar cierto de que yo,
que soy éste, diré cuanto sepa. Por este
camino llegará á conocer ella tus verdade-
ras intenciones, y rechazará cuanto mal
han hablado de tí sin fundamento. En es-
tos versos haz por guardar un término
medio, sin hablar con ella directamente,
como si no fueses digno; cuida, en fin, de
enviarla lo que escribas á lugar donde yo
me encuentre y pueda dárselo á entender,

componiéndolo todo con suave armonía, en
la cual tomaré parte cuanto menester fuese.

Esto dicho desapareció é interrumpióse
mi sueño. Viniendo á cuentas conmigo
mismo, pude inferir que semejante vision
me habia sobrevenido en la novena hora
del día; sali luego de mi estancia dispuesto
á componer una balada en obediencia á lo
que mi señor me impusiera; fué así como
sigue :

« Balada mia, ve en busca del Amor; con
él preséntate ante mi señora, á fin de que,
cantando tú para disculparme, la hables
con su ayuda en favor mio. Tan cortés vas
y tan modesta que sola podrias doquiera
presentarte sin temor; mas para tu mayor
seguridad, ve en busca del Amor; acaso no
te convenga ir sin su compañía, pues aque-
lla que ha de escuchar tus acentos, de tal
manera está airada contra mí, que, segun
creo, podria darte mal acogimiento si el
Amor no se hallase á su lado. Ya delante de
mi señora, obtenida su vènia, comiènzala á
decir dulcemente: « Señora, á vos me envia
quien desea tengais á bien escuchar sus dis-
culpas; el Amor que me acompaña podrá
deciros cómo ha dominado por vos su cora-
zon; que el vuestro adivine la causa de que

del mismo Amor le haya obligado á dirigir
sus ojos á otra.»

»Y aún di más, balada mía; di que mi
corazon está tan firme en su fe que todos sus
movimientos se encaminan tan sólo á obe-
decerla ciegamente, pues tan jóven se la en-
tregó y desde entónces siempre la ha perte-
necido. Si no diese fe á tus palabras, dila que
consulte sobre esto al Amor, y si aún así no
quisiese perdonarme, suplicala humilde que
me envíe órden de morir por ella, y entón-
ces podrá asegurarse bien de mi ciega obe-
diencia.

»Y en cuanto al Amor, principio de toda
compasion, que bien sabrá defender mi cau-
sa, dile, ántes que se aparte de su presencia:
«Dueño mío, en gracia de mi dulce canto, no
te apartes de ella jamas, di cuanto quisieres
á tu fiel siervo y si, gracias á tus súplicas,
está ya perdonado, anúnciale esta paz con
afable rostro.» Vé, si, oh balada mía! elige
la ocasion más oportuna y tuya será toda la
gloria del éxito.»

Despues de esta vision, y dichas por mí
aquellas palabras que el propio Amor me
dictára, asaltaron y combatieron mi espiri-
tu diversos y enconrados afectos con vio-
lencia tal, que no me daban lugar para

defenderme. Cuatro consideraciones, so-
bre todo, privaban á mi ánimo de reposo.
Por una parte me decia: el imperio de Amor
bueno será, puesto que aparta á sus fieles
siervos de todas las cosas viles; mas otro
pensamiento venia á neutralizar el efecto
de éste; no puede ser, me decia, sino fa-
tal el influjo del Amor, puesto que cuanto
con más ciega obediencia se le entrega el
corazon, á más graves y dolorosos tor-
mentos le condena. La tercera considera-
cion era que: siendo el nombre de Amor
cosa tan dulce y grata, no puede producir
sino cosas tambien dulces y gratas, toda
vez que es verdad aquel principio de que
los nombres son la consecuencia de las co-
sas, *Nomina sunt consequentia rerum*. La
cuarta, en fin, me hacia pensar que la
dama que absorbía todos mis pensamien-
tos no era, como otras mujeres, fácil de
ser vencida. Cada uno de estos pensamien-
tos se sobreponia sucesivamente en mi
mente y andaba sumamente indeciso sin
saber qué camino seguir ni por dónde em-
pezar mi derrotero. Cuando, en medio de
mis esfuerzos, buscaba un término medio
á estos distantes extremos, habia para mí

áun mayor dificultad en apelar á la piedad y arrojarne confiadamente en sus brazos. En tal situacion vinome deseo de componer el siguiente soneto :

« Mis pensamientos todos se refieren al Amor, mas con tanta variedad entre sí, que mientras por los unos me someto á su dominio, en otros dudo acaso de su poder.

» Ora siento inefable dulzura, movido de esperanza, ora prorumpo en amargo llanto de desconsuelo, siendo invariable solamente en el deseo de buscar remedio á mi dolor.

» Así, estoy rodeado de incertidumbre, no sé cómo hablar ni cómo tranquilizar mi amorosa pasión.

» Y llamando en mi auxilio á todos estos encontrados afectos, imploro tambien el favor de mi enemiga señora, la piedad para que me defienda y ampare.»

Despues de esta porfía de opuestos pensamientos sucedió que, reuniéndose en cierto lugar mi noble señora con otras varias damas de distincion, un amigo mio, creyendo hacerme obsequio, quiso llevarme alli, donde tantas bellezas se ofrecian á la vista. Yo ignoraba adonde queria

conducirme, mas fiado de su amistad llegamos, en fin, al lugar de la reunion. Entónces le pregunté á qué fin habiamos venido á ver tan amables damas, y respondió que para que tuviésen más dignos servidores. El caso era que todas ellas formaban el cortejo de una nobilísima doncella, desposada aquel mismo dia, á quien habian de acompañar en el banquete de boda, segun el uso de aquella ciudad, en la morada de su esposo. En cuanto á mí, creyendo corresponder á los deseos de mi amigo, me propuse servir á aquellas damas en cuanto se ofreciese; mas, una vez en presencia de toda la reunion, sentí repentinamente hácia el lado izquierdo de mi pecho un extraordinario temblor, que á su vez se comunicó á todo mi sér. Para no caer hube de apoyarme en un pintado friso que rodeaba toda la estancia, y temiéndome que alguno se apercibiese del caso, disimulé cuanto pude, alcé los ojos, y pude ver entre las otras damas á mi gentilísima Beatriz. Entónces, de tal manera se ocuparon todas mis potencias por la fuerza de Amor, al sentirme tan cerca del objeto amado, que no me quedó vida sino en

los ojos para mirar, y áun éstos como fuera de sus órbitas, porque el Amor queria ocupar su lugar para admirar más de cerca su sin par hermosura; y áun despues de repuesto un tanto de mi turbacion, me apenaba el calcular que aquéllos habian de publicar mi secreto y quejarse diciendo: « Si Amor no nos hubiese así turbado, podriamos disfrutar de la vista de tan maravillosa hermosura.

Apercibidas algunas de aquellas damas de mi súbita emocion, comenzaron á admirarse y hacer girar sobre mí la conversacion con maliciosas sonrisas. Luégo que mi amigo se aperció de ello me tomó de la mano, y sacándome fuera me preguntó qué me sucedia. Respondile con frases entrecortadas hasta tanto que mi espíritu recobró algun tanto la calma y el reposo, volviendo yo á ser dueño de mis facultades. « He puesto, le dije, el pié en una senda en que no es posible retroceda un paso. » Entónces me retiré á mi aposento para estar solo, llorar y sentir más mi afrenta, diciéndome entre sollozos: « Si mi amada supiese el estado á que me ha reducido, no creo que se mofára de mí, ántes

bien sentiria por mí gran compasion. » Dando así rienda suelta á mi dolor quise pintarle al vivo, mi súbita mudanza, y lo oculta que para todos estaba la verdadera causa (que á no estarlo hallára en muchos palabras de consuelo) en el siguiente soneto, que deseaba llegase á oídos de mi dulce bien :

« No os riais de mí, señora, hablando con otras damas, porque si bien reflexionais, no es otra la causa de mi turbacion que el haber contemplado vuestra beldad.

« Ah, si lo supieseis, no podria vuestra piedad resistirse á tal prueba. Amor que cerca de vos me halla, se apodera de mi albedrío.

« Y agitando mi espíritu, queda él sólo dueño de miraros.

« Tanta conmocion se pinta en mi semblante, siempre que penetran en mi corazon sus crueles punzadas. »

Despues de tan peregrinos sucesos sobrevinome una tan fatigosa pesadilla que no me dejaba punto de reposo, y me parecia que era arguido y reconvenido en los siguientes términos: « Si tan mal papel representas ante tu dama, ¿por qué ese

afan que tienes en buscarla? Y si ella te llamase á su presencia, ¿qué responderias toda vez que fueses dueño de tí mismo?

Un pensamiento de humildad venia entonces en mi ayuda dictándome esta respuesta: «En este caso, estando en mi acuerdo, diria á mi amada que, al pensar en su hermosura, me asalta tan fuerte y ardoroso deseo de verla, que esto amortigua y apaga en mi memoria todo otro pensamiento contrario, que ni se me acuerdan los pasados tormentos ni ambiciono otra cosa que mirarla. Tan varios afectos me inspiraron el soneto siguiente:

«Todo cuanto á mi imaginacion se presenta se extingue y desvanece ante tu bella imagen, ¡oh bien mio! Si de cerca te miro, el amor parece que me dice: «huye si no quieres sucumbir.»

«En mi rostro se pinta la agitacion de mi ánimo. Parece que oigo anunciar mi propio fin cuando en busca de consuelo, cuando en medio de mis temores, creo oír resonar por todos los ámbitos: «¡muera! ¡muera!»

«Peca, en verdad, quien viéndome desfallecido no me conforta con alguna muestra de compasion.

«Compasion, si, cuando en mis tristes miradas se pinta el deseo de la muerte, no el de conmover el corazon ajeno.»

Escrito este soneto me ocurrió el expresar cuatro distintas emociones que sentia respecto á mi actual estado y que áun creo no he dado á conocer. Condoliamme, en primer lugar, siempre que mi memoria recordaba los efectos que el Amor me causara; el mismo Amor me asaltaba ademas tan fuertemente que no me quedaba más señal de vida que el pensamiento fijo en mi dama. Cuando así el Amor me combatia, aturdido y confuso, acudia en busca de ella, como si me olvidase de cuanto me sucedia en contrario en sintiéndome cerca de su noble persona; su vista, en efecto, léjos de confortarme en los combates, acababa, por el contrario, con las pocas fuerzas que me quedaban. A este fin exclamaba:

«De continuo se pinta en mi mente la triste suerte á que Amor me ha reducido, y lleno de conmocion no puedo por ménos de exclamar: «¡Ay de mí, á quien sólo suceden tamaños males!»

«A punto estoy de perder mi vida en los continuos asaltos de Amor. Un espíritu sólo

mora en mí, y ese vive tan sólo por estar consagrado á ti, Beatriz mía!

»Ya me esfuerzo y peleo contra mí mismo, y ya desfallecido desco verte como al único remedio de mis penas.

»Mas si oso levantar á ti mis miradas, luego me asalta gran temblor, desfallezco y parece que me falta la vida.»

Compuestos estos tres últimos sonetos, dirigidos á mi amada, como verdadera pintura del estado de mi ánimo, parecióme haber dicho ya bastante y resolví callar en adelante sin decirle cosa alguna. Trataré, pues, ahora de otra materia más nueva y elevada que la que hasta aquí he referido, no dejando también de ser algún tanto grata.

La súbita mudanza de mi rostro me había hecho traición ante los más, arrancando á mi alma su íntimo secreto. Un día tuvieron ocasión de observarme de cerca ciertas damas que juntas solían varias veces solazarse; una de ellas, más particularmente, llegó, se dirigió hácia donde yo estaba y me llamó. Sus palabras no carecían de gracia y encanto; llegándome más cerca, y bien asegurado de que mi

dama no se hallaba entre ellas, saludélas cortés, preguntando qué tenían que mandarme. Reíanse unas con otras al parecer, y alguna como que esperaba á que yo me explicase claramente; al fin una de ellas, volviendo á mí sus ojos y llamándome por mi propio nombre me dijo: «¿A qué fin has puesto tu amor en persona cuya mirada no pueden soportar tus ojos? Fuerza es que el fin que te propones sea en extremo peregrino y extraño.» Dicho esto parecía que querían arrancarme la respuesta con sus penetrantes y tenaces miradas. Respondíles: «Señoras, el fin de mi amor se cifra en el dulce y amoroso saludo de mi amada, término actual de mi dicha y colmo de mis deseos; esta gracia me ha sido negada, y ahora se cifra mi amoroso anhelo en otro bien que no puede faltarme.» Luego que me escucharon volvieron á hablar entre sí unas con otras, y cual vemos á veces la lluvia acompañada de blancos copos de nieve, así parecíame oír sus palabras entremezcladas de suspiros. Al fin repuso mi interlocutora: — Suplicámoste nos hagas ver cuál es esa última dicha de que nos hablas. — En las palabras

que se dirigen en alabanza de mi señora, la dije — ¿No podría dudarse, me tornó á decir, si aquellas en que has tratado de pintar tu amorosa pasion se dirigen á este fin? Oyendo esto senti tal rubor que, sin replicar, hube de alejarme, diciendo para mí: «Si tal dicha encuentro en las palabras que se dirigen á ensalzar á mi noble señora, ¿por qué hablar de otra cosa alguna? Con esto me propuse desde aquel punto no tratar otros asuntos sino los que fuesen en alabanza suya, y meditando sobre esto me parecia empresa muy superior á mis escasas fuerzas, tanto que no me atrevia á comenarla; así permanecí agobiado con el temor de hablar y con el miedo de dar principio á mis composiciones.

Y en tanto, pasando por cierto sitio, junto al cual se deslizaba un arroyuelo de límpida y cristalina corriente, vinome tal deseo de decir algo que empecé á pensar en la manera de decirlo; mas creí no deber hacerlo en nombre de mi amada, sino dirigirme á otras damas, aunque solamente á aquellas que fuesen nobles y distinguidas. Así, pues, se desató mi lengua, y como maquinalmente prorumpió en estas

palabras: «Oh damas que sabeis bien qué cosa es amor...» y contento las retuve en mi memoria, pensando tomarlas como principio de mi composicion. Vuelto luego á la ciudad, y madurando más y más mi pensamiento en el espacio de algunos dias, compuse, bajo el pié de aquel primer concepto, la cancion cuya forma y tenor es así:

«Oh damas que sabeis bien qué cosa es amor! hablaros deseo en alabanza de mi amada, no porque pueda hacerlo dignamente, sino con el fin de dar alivio á mi pasion encendida. Y diré cómo, pensando en los tesoros que su corazon encierra, percibo los efectos de amor tan dulcemente, que, si no me viese falto de todo valor, mis palabras comunicarian igual pasion á todas las gentes. Mas no quiero remontar tan alto mi vuelo, no sea que me precipite mi propia pequenez; hablaré, pues, brevemente á vosotras, damas y doncellas enamoradas, de los méritos y elevadas dotes de mi amada, que no es asunto este para tratado con todo el mundo.

»Un ángel invoca á Dios y le dice: «Señor, ¿un sér hay en la tierra de nobles dotes y gracias sin cuento, como procedentes de un alma cuyo esplendor hasta estas alturas se remon-

»ta.» Por eso el cielo, en que nada faltaba sino su presencia, la pidió al Señor, y cada santo la reclamó por sus oraciones. Sólo la piedad hizo causa por mí, y el Señor, sabiendo que era mi amada, habló diciendo: «Sufrid con paciencia, oh amados míos, que aquella que deseais ver, permanezca allí cuanto mi voluntad fuere, puesto que hay una criatura que si la perdiese podría decir á los malditos del infierno: «He visto la esperanza de los bienaventurados.»

»En el alto cielo se desea la vista de mi amada; no cantaré sino en honor de sus virtudes excelsas. La que desee mostrar gentil continente, que busque su compañía; si ella camina, amor pone como hielo en los corazones corrompidos, matando y destruyendo todos los pensamientos indignos. Quien no pueda arrostrar sus nobles miradas ó se ennoblecera ó perecerá, pues cuando encuentra á alguno digno de contemplarla cara á cara, éste percibe los efectos de su virtud poderosa si la hace acatamiento, y tal modestia y bondad le comunica, que llega á olvidar todas las ofensas recibidas. Y aún más sublimes gracias puso el Excelsa en ella, que cualquiera con quien conversare no puede desastrosamente fenecer.»

»El Amor á su vez dice: «¿Es posible que una criatura mortal tal hermosura y belleza en-

»cierte?» Mas despues de contemplarla piensa cómo Dios creó cosa tan maravillosa.— Color de perla, casi imperceptible, cual conviene á dama de tales prendas. La bondad que encierra es cuanta capaz es de producir la naturaleza; mirando su rostro se aprecia todo lo bello. Cualquier movimiento de sus ojos despide rayos inflamados de amor que hiere la vista de quien la mira, penetrando derechos al corazón. El amor, en fin, se retrata en su semblante con brillantes fulgores.

»Oh canción mia! yo sé que irás por doquier, hablando á muchas damas en nombre mio. Ahora sólo te advertiré, pues te he dado el sér como á hija de Amor joven y sencilla, que preguntes á todos el camino más breve para dirigirte á aquella á quien vas dedicada y cuya alabanza es tu más preciado ornamento. Mas si no quieres caminar en vano, huye de los corazones manchados de baja y corrupción, y muéstrate sólo á aquellas damas y galantes mancebos que te enseñen el camino más fácil y breve. Allí encontrarás con ella al Amor, y á ambos recomiéndame cual debes.

Despues que mi canción circuló no poco entre las gentes, cierto amigo que la oyera recitar mostró deseo de oír de mi boca

qué cosa es amor, por haber formado de mí una idea más lisonjera que merecida. Con tal ocasión, pensando que la materia era de suyo amena y oportuna, quise complacerle componiendo el siguiente soneto:

«Dice muy bien el sabio que el Amor y el corazón noble son una misma cosa, y cuando el uno intenta separarse del otro, sucede lo que al alma á quien abandona la razón.

»Cuando la naturaleza sonríe de amor le entrega todos los corazones, y en ellos mora por breve ó largo tiempo éste, descansando y durmiendo dulcemente.

»La belleza á su vez se ofrece á la vista bajo el aspecto de una mujer discreta; tan grata es su vista, que engendra en el corazón el deseo de poseerla.

»Y á veces, persistiendo tanto este deseo, se sobrepone al espíritu enamorado; igual efecto produce en el corazón de la mujer el hombre que sabe amar.»

Y pues canté de amor en este soneto, quiero decir ahora algo en pro y alabanza de mi señora, mostrando en cuál manera Amor me desveló por ella, y cómo, no solamente consiguió despertarse en mi pecho doquiera que fuese, sino que ma-

ravillosamente le arrastró á su antojo. Tales efectos quise expresar en este soneto:

«Amor se pinta en los ojos de mi bella amada; así ennoblece todo aquello en que fija sus miradas. A su paso todos la miran embelesados, y con su amable saludo se conmueven los corazones.

»Su aspecto hace bajar la mirada y palidecer el rostro en vista de la propia pequeñez; ante ella huyen el orgullo y la cólera. Uníos á mí, jóvenes doncellas, para tributarla honor y alabanza.

»Quien escucha su voz concibe suma dulzura y pensamientos de humildad y modestia; por eso se siente feliz el que por vez primera la contempla.

»Si sonríe, no es dable pintar ni imaginar siquiera la expresión de su rostro, ¡tan milagroso encanto encierra!»

No se pasó mucho tiempo sin que la suprema voluntad de nuestro Señor (que aun á sí mismo no quiso libertarse de la muerte) dispusiese de la vida de aquel á quien cupo la suerte de ser padre de tan maravillosa criatura como era mi amada Beatriz, y que al partir de este mundo, sin duda fué recibido en la gloriosa eternidad.

Y como quiera que siempre esta larga ausencia sea amarga para los que acá quedan y han sido amigos del difunto y que tambien no hay amistad más íntima que la que puede haber de un buen padre á un buen hijo ó de un buen hijo á un buen padre, y siendo ademas Beatriz buenisima en extremo, y su padre (segun se cree generalmente y es cierto) tambien de eminente virtud, cosa natural era que ella se llenase de amarguísimo desconsuelo. Siguiendo el uso establecido en la ciudad en circunstancias tales, se reunieron las mujeres por un lado y los hombres por otro, para celebrar el duelo, y las primeras unieron sus lágrimas á las que piadosamente derramaba Beatriz. Por acaso encontré á algunas de éstas en la calle cuando volvian de estar en su compañía é hice por escuchar lo que decian, pues parecióme que sus discursos se referian al dolor y llanto de aquella amada mía. Entre otras cosas oí que decian: ¡Cómo llora! ¡Es para morir oír sus quejas! Conforme se iban alejando aquellas damas iba yo quedando sumido en profunda tristeza, y aun alguna lágrima cayó por mis mejillas que

con mis manos trataba de ocultar. Si no fuera por ver si oía alguna otra expresion que se refiriese á mi amada (pues me hallaba precisamente en un lugar por donde habian de pasar todas las que volvian del duelo) hubiérame escondido luégo que asomó á mis ojos el llanto. «¿Quién será capaz de alegría despues de haberla oido dolerse con tanta piedad?» decian las unas; poco despues otras, refiriéndose á mí: «Éste, añadian, llora tambien ni más ni ménos que, si cual nosotras la hubiese visto.» «¡Mirad, decian otras, cuán cambiado está, no parece el mismo!» Estas y otras expresiones pude escuchar desde el sitio en que me hallaba; en ellas me inspiré para expresar en verso, puesto que el asunto se prestaba no poco, todo lo que acababa de escuchar de la boca de aquellas jóvenes. Y si bien la prudencia y discrecion hicieron que no les preguntase nada, aunque lo deseaba mucho, tomé ocasion de aquí para hablar como si realmente yo les hubiese interrogado y ellas respondido. A este fin hice dos sonetos: en el primero pregunto segun mi deseo, y en el otro doy como respuesta aquello mismo que yo

pude oír. Decía el primero de estos sonetos :

«Oír vosotras, que con humilde aspecto y baja mirada demostrais vuestro dolor! ¿de dónde venis que tanta emoción se pinta en la palidez de vuestro rostro?

«¿Habeis visto á la noble dama inundada de dolor piadoso? Decídmelo, señoras, que ya el corazón me lo hace presentir viéndoos como ennoblecidas con vuestro aspecto triste.

«Y si venis de presenciar tan doloroso espectáculo, hacedme merced de quedaros á mi lado y contadme cuanto de ella sepais.

«Que vuestros ojos están tan llorosos y tan desfigurados vuestros semblantes que ya temo llegar á ser testigo de lo que vosotras habeis visto.»

El segundo soneto decía :

«¿Eres acaso tú quién tanto nos ha hablado de nuestra dama conversando con nosotros? Bien lo pareces en la voz, mas tu figura ha cambiado no poco,

«¿Y por qué causa así lloras que excitas en todo corazón profunda lástima? ¿Acaso la has visto llorar cuando no puedes ocultar tu amargo llanto?

«Déjanos estar tristes; no es bien que trates de consolarnos cuando la hemos podido oír mezclar sus palabras á sus lágrimas.

«¡Ab! que el dolor está tan grabado en sus facciones que si la hubiésemos mirado fijamente hubiésemos al punto sucumbido.»

Pocos días despues de estos sucesos me aquejó una dolorosa enfermedad que me llenó de profunda tristeza durante bastante tiempo, sobreviniéndome tal debilidad que me vi obligado á permanecer en quietud casi completa. Al noveno día sentía un dolor insoportable; mas á pesar de esto mis ideas estaban fijas en mi amada. Entregado á estos pensamientos, volví mis ojos á mí propio, y considerando mi actual estado y la fragilidad y poca duración de la vida humana, no pude menos de llorar tanta miseria. Decía entre mí sollozando : ¡Llegará algún día en que la hermosa Beatriz habrá de morir! Desfallecí de tal suerte que, cerrando los ojos, me entregué á un exceso de frenético delirio, y mi imaginación veía pasar sombras de mujeres que con los cabellos al viento parecían decirme : *Has de morir*, y despues creía

ver diversas figuras horrendas que me gritaban : *Estás muerto*. En esta agitacion de todo mi sér llegué á no saber dónde me hallaba. Se me antojaba que pasaban á mi vista otras mujeres con los cabellos desordenados y vertiendo lágrimas, que el sol se oscurecia y dejaba ver las pálidas estrellas, que parecian llorar tambien la muerte de alguna criatura ; las aves caian en tierra en medio de su vuelo y oíase el sordo ruido de un terremoto. En medio de mi estupor y no poco atemorizado parecíame que una voz amiga me decia : « Debes saber que la mujer á quien tanto amas ha partida de esta vida á la eternidad. » Entónces ya no lloré en mi imaginacion solamente, sino con los ojos corporales, vertiendo raudales de lágrimas. Levantando mi vista creia ver multitud de ángeles que subian al cielo tras una pequeña nube como de luz blanquísima. Parecíame que cantaban en coro glorioso, y las palabras que pronunciaban eran estas : *Hosanna in excelsis*, y no podia oír más. Despues me parecia que mi propio corazon, tan lleno de amor, me decia : « Cierito es, tu amada ha muerto », y

que me movia para ver el cuerpo, morada hasta entónces de su alma tan noble y pura. Tan léjos me condujo mi desbordada fantasia que llegué á verla muerta en efecto, y que otras jóvenes cubrian su rostro con un blanco velo. Su rostro, lleno de humildad, parecia que queria decir : « Voy á ver el principio de toda paz. » Contemplándola así me sentí penetrado de tanta humildad que invoqué la muerte clamando : « Ven á mí, muerte dulce, no me seas villana, ántes debes ser noble, pues que en tal parte moras. Ven, que mucho te deseo, y ves que ya me visto de tu color. » — Despues de haber asistido á todas las ceremonias que con los cuerpos muertos se acostumbra observar, creia que volvía á mi propia estancia, y allí, levantando al cielo los ojos, comenzaba á decir : « ¡Oh bellísima alma, cuán feliz es quien goza de tu vista! » Entre lágrimas y sollozos, y así invocando el auxilio de la muerte, una mujer joven que estaba cabe mi lecho, creyendo que mis palabras y lágrimas nacian de la misma fuerza de mi mal, prorumpió en compasivo llanto. Otras jóvenes que allí tambien estaban, viendo llorar á su

compañera (que no era sino una cercana parienta mía), procuraron apartarla y á mí despertarme, creyendo que soñaba, diciéndome: «No llores más ni te desconsueles.» En este punto cesó mi delirio á tiempo que iba á gritar: «¡Oh, Beatriz, bendita seas!» Y ya habia salido de mis labios el nombre de Beatriz, cuando despertándome abrí los ojos y eché de ver el engaño de mi sueño. Con todo, la misma vehemencia con que pronuncié aquel nombre entre la conmoción y los sollozos impidió que lo comprendiesen las circunstantes; aun así me sobrevino no poco sonrojo de mi debilidad, aunque una advertencia saludable del Amor hizo que volviese hácia ellas. Luégo que me vieron dijeron entre sí: «¡Parece muerto!» y añadían: «Procuremos confortarle.» Así parecia lo procuraban al par que me preguntaban el motivo de mi terror. Respondíles algun tanto aliviado y convencido de mi engañoso soñar, contándoles todo lo que habia visto en mi imaginacion del principio al fin, aunque cuidando bien de omitir aquel dulcísimo nombre. Despues que hube sanado de aquel mal me propuse hacer unos ver-

sos en que narrase todo lo representado á mi imaginacion como cosa de interes, y al efecto hice esta cancion:

«Una piadosa dama, llena de juventud, y con toda la distincion capaz de la humana condicion, estaba en aquel lugar en que la muerte parece que queria visitarme. Viendo mis ojos llenos de tristeza, oyéndome palabras vacías de sentido que dejaba escapar, asustada, púsose á derramar copioso llanto. Otras mujeres la apartaron de aquel lugar, y acercándose á mí la una me decia: «no duermas ya»; la otra: «¿por qué te acongojas?» Entónces abandoné todo pensamiento que no fuese el nombre de mi dama.

«Tan doloroso era el acento mio, tan entrecortada mi voz por el llanto y la agonía, que yo solo pude comprender dentro de mi pecho aquel nombre que pronunciaban mis labios. Amor hizo que volviese la vista hácia aquellas mujeres no sin pintarse turbacion y vergüenza en mi semblante. Mi vista les causó la misma impresion que la muerte. «¡Ah, decian, démosle valor!» Y todas juntas, orando humildemente, me repetian sin cesar: «¿Qué es de tí? ¿te falta el valor?» Y cuando hube cobrado fuerzas prometí contárselo todo.

»En tanto que yo meditaba sobre lo trágil de mi existencia y lo breve de su duración, Amor lloraba dentro de mi corazón, su habitual morada, y mi alma sufría tanta turbación que, lanzando suspiros, decía entre mí: ¡Ah, mi amada habrá de morir! Nuevas congojas me asaltaron entónces, mis ojos se cerraron y todos mis sentidos y facultades cesaron en sus funciones; privado del conocimiento, y como sin propia existencia, imaginéme rodeado de mujeres que gritaban con saña: «¡Muere, muere!»

»Así divagando mi mente, vi entre sueños cosas espantosas. Ignoraba el lugar en que me hallaba, y sólo creía ver á unas mujeres con largos cabellos esparcidos al viento, unas llorando, otras lanzando lastimeros y penetrantes quejidos. Creí ver el cielo cubierto de tristes celajes y aparecer las estrellas tristes tambien como si llorasen, las aves caían en medio de su vuelo y la tierra se conmovía. Entónces un hombre sumamente flaco y cubierto de palidez se me presentó diciendo: «¿Qué haces? ¿no sabes por ventura la triste nueva? ¡la hermosa dama stuya ha muerto!»

»Levanté mis ojos al cielo anegados en amargo llanto y vi á los ángeles como lluvia de maná celestial, volar al empíreo guiados por cierta nube luminosa y cantando en

coro: «¡Hosanna!» Y si algo más dijeron os lo declararé. El Amor se dirigió á mi diciéndome: «Nada quiero ocultarte, quiero que veas á tu dama que yace muerta.» Mi engañoso soñar me hizo verla en efecto privada de vida, al tiempo que otras jóvenes la cubrían con un blanco velo. La pureza y la modestia se pintaban en su semblante; no parecía sino que decía: «¡Ya estoy en paz!»

»En vista de su rostro lleno de humilde expresion sentíme como anonadado y exclamé: «¡Oh, muerte, como muy dulce cosa te destino ahora, pues que has tocado en ella!» «¡Mostrar debes compasion, no encono!» «¡Oh muerte, pues que ya me asemejo á tí en la palidez, vén y tenme en el número de los tuyos!» Así, dando rienda suelta á mi dolor me quedé solo, y tornando á mirar al cielo, clamaba: «¡Dichoso, oh alma hermosa, quien te contempla!...» Entónces me despertaron de mi sueño, dándoles yo las gracias.»

Despues de este delirio de mi imaginacion sucedió un dia que, entregado á profundas meditaciones, comenzó á palpar mi corazón con la vehemencia que solia siempre que me hallaba en presencia del objeto de mis desvelos. Representóseme

entonces vivamente el Amor, que venia de allí donde estaba mi adorada, y con alegre tono me decia: «Bendice el dia en que me conociste, pues asi debes hacerlo.» Mi corazon rebosaba de alegría, tanto que por la novedad parecia que no estaba dentro de mi pecho; despues que así me conmovió por obra del Amor, vi venir hácia mi una gentil dama de admirable hermosura, cuyo corazon pertenecia, ya tiempo habia, á aquel mi primer amigo ya citado (1). Su nombre verdadero era Juana, sólo que por razon de su belleza habian dado en llamarla muchos *Primavera*, por cuyo apodo era más generalmente conocida. En pos de ella vi venir á mi nunca bien alabada Beatriz, y caminando ambas de esta suerte, y viniendo hácia mi, creí oír al Amor que me decia interiormente: «Esta primer dama se llama *Primavera*, tan sólo porque hoy viene aquí de este modo, porque yo he inducido al autor de este mote á llamarla *Primavera*, que significa vendrá la primera (2) el dia en que

(1) Guido Cavalcanti.

(2) *Prima verrà* en italiano, en que tiene lugar este juego de palabras.

Beatriz se muestre despues de la vision tenida por su amante. Y aún te digo más, que si paras la atencion verás que su primer nombre tambien significa Primavera, puesto que su nombre de Juana viene del de Juan, el precursor de la verdadera Luz, segun aquel texto de: *Ego vox clamantis in deserto: Parate viam Domini.* Y aún me pareció que añadía: «Y quien quisiese más sutilmente pensar en esto llamaria á Beatriz Amor á causa del sumo parecido que conmigo tiene.» Entonces, reflexionando sobre todo esto ideé, callando todo aquello que conviene, hacerlo motivo de unos versos dirigidos al dicho mi amigo, juzgando aún á su corazon preso en los cantos de la bella Primavera; fueron éstos el siguiente soneto:

»Sentí cual despertaba de profundo sueño un espíritu amoroso que dentro de mi pecho dormía; y en pos vi venir de léjos al mismo Amor, mas con tan alegre rostro que apenas le reconocí.

»Piensa, me dijo, en honrarme, y á cada palabra mezclaba una sonrisa. Así estando un breve rato á mi lado mi Señor el Amor

mirando á aquel punto de donde éste habia venido,

»Vi á ambas damas Vanna y Bice (1) que venían al lugar en que me hallaba cual dos maravillosas visiones una en pos de otra.

»Y como no me es infiel la memoria, recuerdo que Amor me dijo: ésta es Primavera; en cuanto á la otra, su nombre es »Amor, tanto se me asemeja.»

Podria aquí dudar cualquiera, á quien su saber diese el derecho de aclarar toda duda, acerca de lo que digo del Amor, tratando de él como de una cosa en sí, no solamente en cuanto á inteligencia sino en cuanto á sustancia corpórea. Cuyo principio á la verdad es falso, puesto que el Amor no es por sí sustancia, sino un accidente en la sustancia. Y el hablar de él como si fuese cuerpo y aún como si fuese hombre, nace de tres cosas que digo á propósito de él; porque digo que le vi venir de léjos, y como la palabra *venir* indique un movimiento local, y este movimiento local

(1) Nombres apocopados de Juana (*Giovanna*), y Beatriz (*Beatrice*).

es, segun la filosofía de Aristóteles, propio sólo de la naturaleza corpórea, resulta de aquí el que yo establezca que el Amor es un cuerpo. Y como áun añadido que rie y que habla, actos propios del hombre, sobre todo el reir, se sigue que le considero también como hombre.

Para explicar esto (cosa no ajena de este lugar), conviene hacer notar que antiguamente no habia cantores de amor (poetas eróticos) en lengua vulgar, aunque habia algunos que componian versos latinos; esto en cuanto á nosotros donde, como en Grecia, por ejemplo, los poetas literatos trataban los asuntos amorosos, porque en cuanto á otras naciones acaso no sucediese así. No han trascurrido muchos años desde que aparecieron por vez primera estos poetas ó rimadores en lengua vulgar y al presente tanto vale componer versos latinos como rimar en nuestra lengua. Prueba de esto es que si se buscan las composiciones escritas en lengua de *oc* ó en lengua de *si* (1), no se hallaran más allá de ciento cin-

(1) Lengua de *oc*, provenzal; lengua de *si*, italiano.

cuenta años á partir del presente. Esto hizo que se llamasen los primeros en decir en lengua vulgar, decidores ó narradores en lengua de sí. Y lo que movió, se dice, al primero de todos, no fué sino el deseo de darse mejor á entender de cierta dama á quien era desconocida la lengua latina. Esto sirva de ejemplo á los que riman otras materias que las de amor, siendo así que la rima fué inventada con el fin de cantar cosas de amor. Síguese de aquí, que como siempre se haya concedido á los poetas más libertad y desembarazo que á los prosistas, á estos rimadores, que no son otra cosa que poetas en lengua vulgar, debe otorgárseles igual privilegio, y así debe tambien concedérseles el uso de figuras y giros poéticos como á los demas poetas.

De cuanto se sigue vengo á concluir que, si convenimos en que los poetas han hablado de cosas inanimadas, como si realmente tuviesen sentidos y estuviesen dotadas de razon, y las han hecho estar en mutua comunicacion, no ya con cosas verdaderas sino hasta con falsas, haciendo hablar á los accidentes como sustancias reales ú hombres, justo es dar iguales fa-

cultades al cantor en rima, tanto más cuanto no se expresa por puro capricho, sino en términos que podrian decirse muy bien en prosa.

En cuanto á que los poetas se han expresado del modo que queda dicho, tenemos la prueba en Virgilio, el cual dice que Juno, es decir, una divinidad enemiga de los troyanos, habló á Eolo, señor de los vientos, en el primer libro de la Eneida, en aquel pasaje:

Eole, namque tibi, etc.

Y Eolo responde:

..... *Tuus, ó regina, quid optes
Explorare labor: mihi jussa capessere fas est.*

El mismo poeta hace que una cosa inanimada hable á otras animadas en el segundo libro del mismo poema:

Dardamidae duri, etc.

Y en Lucano una cosa animada habla con una inanimada.

Multum, Roma, tamen debes civilibus armis

En Horacio el hombre habla con su propia ciencia como con otra persona, cuyas palabras no son tan sólo de este poeta, sino que en cierto modo habla con Homero cuando dice en su *Poética*:

Die mihi, Musa, virum, etc.

Y Ovidio pone en boca del Amor palabras parecidas en su obra del *Remedio del Amor*.

Bella mihi video, bella parantur, ait.

Ejemplos todos que podrán disipar las dudas que hayan abrigado muchos al leer ciertos pasajes de este libro. Mas para que los rudos ó ignorantes no se crean autorizados á malversar esto, añadiré que no en vano se expresaban así los poetas ni sin razon, y que los *rimadores* no deben usar de tales licencias sin que sus palabras encierren un sentido bien fundado, porque sería no poco desdoro de los mismos revestir sus rimas de figuras y de colores retóricos y no poder explicar, interrogados que fuesen sobre esto, su sentido oculto. Así, mi primer amigo y yo conocemos

á algunos que riman de esta manera vacía de sentido.

Tanto excitaba aquella noble jóven la admiracion de las gentes, que á su paso por alguna calle corrian á porfia con objeto de mirarla; cosa que á mí me producía inexplicable júbilo. Si por ventura alguno se le acercaba, le comunicaba un cierto temor nacido de la modestia, que aquel no se atrevia ni á levantar la vista del suelo, ni á responder á su saludo; hecho es este de que podrán dar testimonio muchos que lo han experimentado á quien quiera que no lo creyere. En efecto, rodeada su persona de cierta aureola de modestia y de virtud, caminaba sin vanagloria de lo que viera ó oyera á su rededor. Luégo que pasaba, los unos decian: «Esta no es mujer, sino una de las más bellas criaturas celestiales»; los otros: «¡Maravillosa mujer! bendito sea el Señor que así la ha formado.»

Puede asegurarse en verdad que aparecía tan llena de nobleza y rodeada de gracia, que cuántos la veian experimentaban una emociion de indecible suavidad que no les era posible explicar, arrojando, á su

pesar, hondos suspiros de su pecho. Estos y otros efectos admirables producía su virtud. Pensando todo esto, y queriendo tornar á sus alabanzas, me propuse expresarlo con palabras á fin de que todos, así los experimentados como los que sólo lo supiesen por referencia de éstos, pudieran formar más cabal idea. A este fin compuse el siguiente soneto:

«El saludo de mi señora es tan digno y lleno de modestia, que la lengua permanece muda en aquellos á quienes honra con él, y aún los ojos no osan levantar su mirada.

«Revestida de dulce candor, camina en medio de mil alabanzas. ¡Admirable prodigio! diríase que era venida al mundo para que los hombres le admirasen.

«Hinche el corazón de cuantos la miran tan hermosa de secreta é inexplicable dulzura, dulzura desconocida á todo aquel que no la haya por sí experimentado.

«Y un espíritu amoroso que revolotea sobre la beldad de su rostro parece que dice secretamente al alma: «Suspira».

No tan sólo mi dama fué el objeto de las honras y alabanzas de los más, sino que otras muchas por su causa lo fueron tam-

bien. De aquí que, deseando yo poner esto de manifiesto á quien no lo sabía, quise componer otros versos, para así darlo á entender en el soneto siguiente, haciendo notar cómo la fuerza de su virtud obraba maravillosamente en las otras:

«Quien percibe á Beatriz entre otras damas, adivina seguramente todo el bien y la salud del paraíso, y las que la acompañan por sólo esta merced deben rendir gracias al Altísimo.

» Su beldad produce tan saludables efectos, que lejos de hacer nacer la envidia en las demas, las hace caminar á su lado revestidas de nobleza, de fe, y de amor.

» Todo es en su presencia humilde y modesto; su belleza no tan sólo la hace agradable en sí, sino que comunica á las demas su misma virtud.

» Y tanta nobleza y encanto se refleja en cada una de sus acciones, que ninguno al evocar su recuerdo, puede por menos de suspirar dulcemente de amor.»

Reflexionando un día sobre lo que queda dicho de mi dama en ambos sonetos, pensé que no había dado á entender nada de lo que en mí mismo experimentaba al

presente, y juzgando no haberlo dicho sino imperfectamente, me decidí á expresar el modo de obrar en mí su secreta virtud. Mas temiendo que un soneto sería demasiado corto para dar á entender mis pensamientos, escribí una canción, la cual empezaba de este modo:

» Tanto há ya que Amor se enseñoreó de mi sér, y me acostumbró á su dominacion, que por duro que me fuera en un principio, es ahora para mi corazón dulce y suave. Mas cuando de tal modo enerva mi valor y me priva de mis facultades, entónces mi espíritu, débil y abatido, siente cierta dulzura tan intensa, que palidece mi semblante. Entónces Amor es mi absoluto dueño y me hace arrojar frecuentes suspiros que se mezclan con mis palabras; suspiros en que invoco á mi dama para que me comunique mayor dicha. Cuantas veces me mira me sucede otro tanto.»

*Quo modo videt sola civitas plena populi?
Facta es quasi vidua domina gentium (1).*

Aun me ocupaba en componer esta canción, y ya estaba terminada la estancia que se acaba de leer, cuando el Señor de la soberana justicia la llamó á gozar de la gloria eterna en el coro de la siempre bendita reina del cielo María, cuyo nombre fué siempre reverenciado por la ya bienaventurada Beatriz. Por oportuno que parezca referir aquí algo acerca de lo acaecido en su muerte, no lo he estimado conveniente, por tres razones: la primera, por no ser este asunto propio de esta obrilla, como dejé apuntado al comenzarla; la segunda, porque, áun cuando lo fuese, sería esta tarea superior á mis escasas

(1) ;Cuán solitaria yace la ciudad un día llena de pueblo! Como viuda está la Señora de las gentes. (*Lamentaciones de Jeremías, cap. I.*)

fuerzas, y mi pluma no sabia describirlo; la tercera, en fin, porque aún admitido uno y otro, no me convendría hablar de esto, puesto que me habria de deslizar á mi propia alabanza, cosa ciertamente digna de vituperio; y así dejaré este trabajo para ánimos superiores á los míos.

Como quiera, no obstante, que el número nueve ha figurado ya varias veces en lo que dicho queda, y pueda creerse que no sea ciertamente sin causa, y además intervino la misma cifra en las circunstancias de sus últimos momentos de paso por esta vida mortal, conviene que aquí se apunten algunas observaciones que no son inopertunas. Así, diré cómo entró dicho número nueve en sus últimos momentos, y después las causas para explicar la predilección que parecia tener hácia aquel.

Segun el modo de contar seguido en toda Italia, la noble alma de Beatriz se separó de su cuerpo en la primera hora del noveno día del mes; y siguiendo el cálculo usado en Siria, en el noveno mes del año, por cuanto *Tismin*, ó sea el primer mes, corresponde entre nosotros á Octubre; y segun nuestro uso, se ausentó en este año

de nuestra indiccion, es decir, de los años de Nuestro Señor, cuyo número completo se repelia nueve veces en el siglo actual. Así, pues, vivió entre los cristianos de la décimatercia centuria.

Si se trata de indagar la causa de que dicho número nueve la acompañe tan constantemente, hé aquí la razon que más probablemente parece explicarlo. Segun Ptolomeo y la ciencia cristiana (1) hay nueve cielos que se mueven, y segun la comun opinion de los astrólogos, estos nueve cielos nos transmiten las combinaciones armónicas á que ellos mismos se hallan sometidos. Este número acompañó siempre á Beatriz, para expresar que cuando fué engendada, las esferas móviles de estos nueve cielos se mantenian en perfecto y armonioso equilibrio. Esta es ya una de las razones á que nos referiamos. Pero si más sutilmente consideramos esto, y segun la infalible verdad, este número es ella misma. Hé aquí como yo me explico esto por la siguiente comparación. El número tres es la raíz de nueve, puesto que sin ayuda

(1) Entiéndase de tiempo de Dante.

de otro número, y por sí propio, produce nueve, siendo así que tres por tres son nueve. Si, pues, el tres es por sí factor del nueve, y el gran autor de los milagros es por sí *Tres*, es decir, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son Tres y Uno á la vez, Beatriz fué siempre acompañada del número nueve, como para dar á entender que era un nueve, esto es, un milagro cuya raíz emana de la Santísima Trinidad. Aun podrian aducirse más sutiles argumentos; pero el que acabo de exponer me seduce más que otro alguno de los que surgen en mi mente.

Así que Beatriz se partió del siglo, la ciudad, privada de lo que constituía su más preciada gloria, quedó cual solitaria viuda; y yo, llorando por sus calles desoladas, escribí sobre esto á los príncipes de la tierra, comenzando por aquellas palabras de Jeremías: *¿Quo modo sedet sola civitas?* Y repito aquí esta cita porque, habiéndola puesto como encabezamiento de la materia nueva que vendrá luégo, no se extrañe que no la haya proseguido. Me excusaré diciendo que mi intencion al componer este librito, no ha sido sino escri-

bir en lengua vulgar, y así no he podido trascribir las palabras que dirigí en esta ocasion á los príncipes de la tierra, que eran en lengua latina; de cuyo propósito de escribir sólo en lengua vulgar es bien sabedor el ya citado amigo mio.

Mas como quiera que, cansados ya de florar mis ojos, no hallase alivio á mi dolor, pensé en desahogar mi pena en quejas rimadas y componer una canción que, pintando mi amargo llanto, hablase de aquélla por quien mi pena destrozaba á mi propia alma. Y así comencé diciendo:

«Las angustias del corazon movieron á triste llanto mis ojos, y áun superaron á mis lágrimas. Si quiero desahogar mi pecho de un dolor que me conduce poco á poco al sepulcro, no puedo hacerlo sino con palabras que denoten toda mi amargura. Y recordando, oh nobles damas, que á vosotras me dirigia en vida de Beatriz, hablándoos de ella, no quiero ahora tampoco hablar sino con vosotros, nobles y tiernos corazones, y así os diré que se huyó súbitamente de la tierra, dejando al Amor triste en mi compañía.

«¡Si, volóse al cielo! allí donde los ángeles gozan de la eterna paz, con ellos está, habiéndoo dejada. Ni los rigores del frio ni

del calor nos la arrebataron, como á tantas otras. Su sola bondad y su modestia nos privaren de este bien. Subió á los cielos con tal virtud que el Señor de la Eternidad se complació en haberla llamado, deleitándose en la belleza de aquella alma, indigna de esta misera y triste vida.

» Hinchida de gracia, se separó del cuerpo alma tan noble, y ya gloriosa fué á habitar un lugar digno de ella. Quién no llora su pérdida al hablar de tan bella criatura, tiene el corazón empedernido y condicion malvada y vil, que no puede comprender virtud tan superior. Las almas bajas, aunque sean dotadas de inteligencia, jamás podrán alcanzar nada de lo que á ella se refiere; por esto nunca serán movidos á llanto. Al contrario, la amargura y el deseo de morir de tristeza se apoderan de cuantos corazones la han comprendido en la tierra y saben que se ha asentado al alto cielo.

» Angustias sin cuento que brotan en suspiros, produce en mi pensamiento el sólo recuerdo de la que ha herido tan profundamente mi corazón. A veces, trasportando mis ideas á la muerte, tal deseo me sobreviene de lograrla, que mi rostro cambia completamente de color; y dueña ya de mi alma, estos pensamientos me producen tan agudos dolores, que haciéndome volver en mi acuer-

do, me avergüenzo de mí propio y llamo en mi auxilio á Beatriz, clamando: «Estás muerta»; y en tanto que así la invoco me siento algo confortado.

» En llorar y suspirar se me destroza de tal modo el corazón en viéndome solo, que conmoviera á quien quiera que me oyese. Tales son mis días desde que mi amada se partió á la vida nueva, que nadie podría dar cuenta de ella, y yo mismo, ¡oh señoras mías! no os podría decir quien soy, tanto me hace penar el desconsuelo. Tan desanimado vivo, que creo oír de boca de todo el que me mira que me dice: «Yo te abandono.» Mas lo que quiera que yo sea mi amada lo sabe, y ella me dará el galardón que haya merecido.

» ¡Oh triste canción mía! vé en busca de las damas y doncellas á quienes otras como tú eran mensajeras de alegría; tú, hija del inconsolable dolor, vé á su encuentro y quédate con ellas.»

Después de compuesta la anterior canción vino en mi busca cierta persona que, según los grados de la amistad, podía yo considerar como mi segundo amigo. Era éste el pariente más cercano de mi gloriosa dama, y después de conversar de otras cosas, llegó á rogarme que le compusiese

algunos versos para una dama que habia muerto, diciendo esto con cierta ambigüedad, como intentando dar á entender que era otra la dama en cuestion muerta poco tiempo hacia. Yo, apercibiéndome que se trataba de la bienaventurada Beatriz, le prometí darle gusto, y así resolví hacer el siguiente soneto en que expresase mis lamentos, aunque fingiendo estar compuesto por éste mi amigo. El tal soneto decia así:

«Venid, oh corazones nobles y generosos,
y oiréis mis suspiros, moviéndos á piedad,
suspiros inconsolables que se escapan de mi
pecho y sin cuyo desahogo moriría de dolor.

»Si, porque mis ojos, fatigados ya de llorar,
no quieren á veces derramar más lágrimas,
aunque yo necesite este alivio de mi pena.

»Oiréis tambien el eco de mis suspiros que
llama sin cesar á la dama gentil que partió
al siglo digno de su virtud.

»Veréis cuál menosprecia la vida aquel
cuya alma triste está separada de la que hacia
su mayor dicha.»

Hecho este soneto, y considerando quién era la persona en cuyo nombre le habia escrito, reflexioné cuán pobre y ruin ser-

vicio le habia hecho, siendo como él era, pariente tan cercano de aquella bienaventurada criatura. Por este motivo, ántes de ponerle en sus manos compuse dos estancias de una cancion, una, en efecto, para él, y otra para mí, aunque á los ojos del que no se apercibiese, ambas parecian escritas para una misma persona. Mas para aquel que las lea con atencion, será evidente que son dos personas las que hablan, pues una no la llama su señora mientras que la otra sí. Dile, pues, á aquél ambas composiciones, asegurándole que para él las habia compuesto.

La cancion era ésta:

«Cuando reflexiono, ¡ay de mí!, que no veré ya más á la mujer por quien suspiro, tantas desdichas se pintan en mi mente que exclamo: «Oh, alma mia, ¿por qué no te vas? »El pensar las penas que habré de soportar en este mundo me anonada.» Llamo, pues, á la muerte como á mi dulce y suave descanso, y la digo con tono de envidia que en mi origina ver á los que mueren: ¡Oh muerte, vén á mí!

»De todos mis suspiros reunidos se forma un sonido doloroso que sin cesar invoca á la

muerte. Hacia ella se dirigieron todas mis ansias, luego mi Señora fué presa de su crueldad, porque el dulce solaz de ver la hermosura de su rostro se ha tornado en una hermosura grande, espiritual, que se dilata en el empirico como llama de amor vivó que saluda á los ángeles y arrebató en admiracion de su gentileza á sus elevadas inteligencias.»

El día en que se cumplía el aniversario del en que Beatriz fué contada en el número de ciudadanos de la vida eterna, estaba yo sentado en cierto sitio, en que, pensando siempre en ella, dibujaba un ángel sobre unas tablillas. Y en tanto, tornando los ojos, vi cerca de mí á dos hombres á quienes debía saludar. Miraron lo que yo hacía, aunque segun he podido saber despues, hacia ya rato que me observaban ántes de apercibirme yo. Levantéme, á saludarlos diciéndoles: «Otra persona me preocupaba ahora á mí.» Habiéndose aquellos ido, volví á mi tarea, al dibujo de mis ángeles, y á ésta entregado, me ocurrió decir palabras rimadas, con motivo de aquel aniversario de mi amada, y escribir á aquellos que en tal situación

me habian hallado. Hice el soneto siguiente que tiene dos principios:

Primer principio.

«En mi pensamiento vive la gentil dama que por su mérito fué llevada por el Altísimo al cielo de la humildad, donde reina María Santísima.»

Segundo principio.

«En mi pensamiento estaba aquella gentil dama que Amor llora, al tiempo que en gracia de su virtud vinisteis á ver lo que hacía.

»Amor que sentia su presencia en mi mente, se despertó en mi fatigado pecho diciendo á los suspiros: «Salid», y ellos lo hacian así con sumo dolor.

»Salian, sí, de mi seno, con ese acento que arranca de ordinario las lágrimas á los ojos tristes.

»Y los que con mayor pena brotaban de mi pecho subian hasta ella diciéndole: «¡Oh sublime inteligencia! hoy hace un año que te remontaste al cielo.»

Poco despues, estando en cierto sitio ocupado en evocar recuerdos pasados, me

senti tan asaltado de los muchos dolorosos que se me representaban, que mi semblante retrataba la angustia y desfallecimiento que embargaba todo mi sér. Apercibido que fui de mi turbacion, levanté los ojos por ver si algúien me observaba, y vi á una jóven agraciada y gentil que desde lo alto de una ventana parecia contemplarme y dar áun muestras de sentir piadosa compasion hácia mí. Y como quiera que el desgraciado se conduce doblemente así que en alguno descubre simpatía hácia sus dolores, senti que los ojos se me anegaban en lágrimas; mas avergonzado de mi debilidad, procuré huir las miradas de aquella mujer diciendo entre mí: no es posible dejar de hallar en dama tan compasiva un noble y desinteresado amor. A este fin, es decir, para hacer relacion de todo esto á dicha jóven, resolví escribir el siguiente soneto:

«Mis ojos han visto en vuestro semblante pintada la compasion, cuando mirabais los ademanes y movimientos con que el dolor me ha familiarizado.

«Luego eché de ver lo preocupado que os tenia el triste estado de mi oscura vida, y no

tuve valor de dejar ver por más tiempo mi apocamiento y debilidad.

«He pues esquivado vuestras miradas, sintiendo que mis ojos me habian de hacer traicion en presencia vuestra.

«Y despues dije entre mí: «Sin duda el Amor que en tal estado me ha puesto, vive también en el corazon de aquella dama.»

Sucedia desde entónces que doquiera que ésta me veia mostraba el mismo aire compasivo para conmigo, y su semblante aparecia livido como el del Amor; en este se me representaba á menudo el de mi amada, que así se aparecia siempre á mis ojos. A menudo, no pudiendo brotar el llanto ni apartar de mi corazon las penas, corria á su presencia, y su vista solia calmarme algun tanto haciéndome derramar abundantes lágrimas. Por esto quise componer este otro soneto dirigido á ella como el anterior:

«Nunca se juntaron mejor el color de amor y la expresion de compasiva piedad en el rostro de una dama atenta á dolorosas quejas,

«Que en el vuestro, cuando veis en mí tratadas todas las penas; su efecto es tan

eficaz que me sucede llegar á temer que el corazon se me destroce.

»No puedo evitar que mis ojos os miren sin cesar, y en ello se fatiguen buscando en vos el consuelo y alivio del llanto.

»Y en tal grado los habeis hecho codiciosos de miraros, que con este deseo se consumen, aunque no saben llorar ya ante vos.»

La vista de esta jóven engendró en mí un cierto placer que experimentaba al contemplarla. Esto me desagradaba y culpaba no pocas veces mi debilidad, maldiciendo otras la vanidad y disipacion de mis ojos. Con el pensamiento decia á éstos: teniais costumbre de ver llorar á los que veian vuestro triste estado, y al presente parece que quereis olvidarlo por la que ahora os mira, que no es mira sino por el pesar que siente por la gloriosa dama por quien llorabais. Pero obrad como querais, ojos malditos, que yo siempre me acordaré de esta, y no debiais haber cesado de llorar hasta la muerte. Y cuando así hube dicho esto á mis ojos, profundos y prolongados suspiros me asaltaron; para que este combate interior viniese al conocimiento de otros desde el fondo del pecho del que le

sostenia, compuse el siguiente soneto en que todo este horrible conflicto estuviese patente:

«El amargo llorar vuestro, ¡oh, ojos míos! por tan largo espacio sostenido, hacia derramar llanto á los demas movidos por vosotros á compasion.

»Creo que ahora lo olvidaríais, si yo fuese tan ruin que no procurase por mil medios sacaros de vuestro olvido, trayendo á vuestra memoria la que ántes llorabais.

»No puedo ménos de pensar en vuestra ruindad y temer á la dama que tanto os mira.

»Sólo en vuestra muerte debéis olvidar á aquella que murió. Esto dice mi corazon y suspira profundamente.»

El ver á esta dicha dama producía en mí profunda emocion, y á menudo pensaba en ella como en una persona á quien se estima, diciendo entre mí: esta dama es noble, hermosa, jóven y sábia: acaso el Amor me haya hecho encontrar con ella para dar algun reposo á mi alma. Y áun otras veces abrigaba tan amorosos pensamientos que solia el corazon consentir en ello, y despues de haber consentido,

relexionaba como á impulsos de la misma razon, diciéndome: « ¡Bah! ¿qué pensamiento es éste que de tan ruin modo me consuela, que no me deja lugar á otro pensamiento? » Despues añadia: « Ahora que tal tribulacion padeces por causa del Amor, ¿por qué no tratas de escapar de tanta amargura? Bien ves que éste es un soplo de amor que tiene tan grato origen, cual los ojos de aquella que tan compasiva se mostró por tí. » Despues de tan rúdos combates en el fondo de mi alma, quise escribir algunos conceptos, y como en tal batalla de encontradas ideas llevaban la victoria los que eran en favor de aquella dama, pensé dirigirme á ella en este soneto que sigue:

« Noble pensamiento (1), quien de tí habla
 ahora no pocas veces en mi pecho, y dice tan

(1) Digo noble pensamiento, porque me dirijo á una dama noble, porque por lo demas este pensamiento sería vil. En este soneto llamo corazon al apetito y alma á la razon, y digo como hablan entre si. Verdad es que en el soneto precedente opongo la parte del corazon á la de los ojos, lo que parece contradecir á lo que ahora digo. Repito que por apetito entiendo el corazon por cuanto abrigaba un deseo mucho más intenso de acordarme de Beatriz que de ver á la otra dama, aun cuando lo desease tambien algo.

dulcemente cosas de amor, que hace que el corazon consienta en ellas.

» Entónces dice al corazon el alma: ¿quién es este que viene á consolar nuestro espíritu? Su virtud es tan eficaz que no deja en señorearse de mí otro pensamiento.

» El corazon responde: ¡Oh alma pensativa! un nuevo y ligero pensamiento de amor es este que me pone delante tales deseos.

» Y su vida y su poder dimanar de aquellos ojos de quien tan compasiva se turbaba en vista de mis penas.»

Un dia (seria como á la hora de nona), surgió en mi mente, contra este adversario de la razon, un pensamiento poderoso. Creí ver á Beatriz gloriosa, vestida de púrpura cual en otro tiempo, jóven, y como á la misma edad en que la vi por vez primera. Entónces mis pensamientos se concentraron en ella sola, y evocando todos sus recuerdos de lo pasado, comenzó á contristarse mi corazon y dolerse de aquel vano deseo de que se dejara arrastrar durante algunos dias á despecho de la constancia que la razon aconsejára. Arrojado de mí el culpable deseo, todos mis pensamientos se volvieron á mi gentilísima Bea-

triz. Desde aquel punto, al ocuparme de ella sola, mi corazón estaba tan lleno de confusión y vergüenza, que harto lo declaraba por mis profundos suspiros, que brotando de mi pecho, daban á entender lo que me agitaba interiormente pensando en ella y en su partida. Tanto dolor se encerraba en cada uno de mis pensamientos, que olvidado de mí, perdía la conciencia del lugar en que me hallaba. Este suceder-se sin cuento los suspiros aumentó la intensidad de mi dolor, y mis ojos no parecían sino dos fuentes de copioso llanto; éste los hizo enrojecerse como á aquellos que padecen algun acerbo mal. Habiendo sufrido este justo castigo de su vanidad, quedaron imposibilitados de mirar á quien los mirase. Con el deseo de que tan culpables intenciones en esta vana tentacion, quedasen destruidos en un punto sin que pudiesen engañar las frases rimadas del soneto que precede, quise componer otro que expresase el estado actual de mi ánimo:

« ¡ Ay de mí! (1) en fuerza de los multi-

(1) Me lamento así de lo que se habian disipado tan vanamente mis ojos.

plicados suspiros que nacen de lo que mi pecho se conmueve, los ojos han quedado inútiles para sostener la mirada de quien los contemple.

» No parece que vivan sino para llorar y decaer demostrar nuevo dolor. Tantas lágrimas vierto, que Amor los rodea con la aureola del martirio.

» Estos pensamientos, estos suspiros que exhalo llegan á conturbar al mismo Amor, que se aqueja.

» Pues en ellos va envuelto el nombre de mi dama y todo lo relativo á su triste muerte.»

Después de esta tribulación sucedió (al tiempo que gran multitud de gente acude para ver la bendita imagen en que se retrata la bellísima faz de Jesucristo, que Beatriz contempla gloriosa en los cielos), sucedió, digo, que pasaron ciertos peregrinos por la calle situada en el centro de la ciudad, en que nació, vivió y murió aquella. Al parecer todos caminaban pensativos, y al observarles dije entre mí: « Estos peregrinos sin duda vienen de muy lejos; no habrán oído nunca hablar de mi señora; nada saben de lo que á ella con-

cierno, y, al contrario, sus pensamientos estarán fijos en cosas bien distintas de estas. Acaso pensarán en sus amigos á quienes aquí no conocemos. Si fuesen moradores de este país, añadí, la emocion y el pesar se pintarían en sus rostros al cruzar la afligida ciudad. ¡Oh! si pudiese detenerlos un momento, les movería á llanto ántes que se ausentáran, porque mis palabras se lo arrancarían á cualquiera que me escuchase. Con estas reflexiones, y cuando los peregrinos se hubieron alejado, pensé componer un soneto en que diese á entender todos estos afectos que me embargaban; y para que más interesase y tocara al corazón, supuse que les dirigía á ellos mis palabras. El soneto era este:

«¡Oh peregrinos (1), qué pensativos vais

(1) Digo peregrinos, en la acepción más lata de esta palabra, puesto que puede interpretarse en un sentido general ó concreto. En el primer caso, peregrino es el que anda fuera de su patria; en sentido más particular, es aquel que va á la iglesia de Santiago, en Compostela, ó que vuelve de allí. Y aquí es bien hacer notar que hay tres clases de palabras para expresar á los que así caminan por servir á Dios. Llámaseles *palmeros* cuando van á Oriente, de donde suelen traer palmas. Peregrinos cuando van á Galicia, porque Santiago fué entre los apóstoles el que más lejos fué de su país. En fin, se denomina *romeros* á los que van á Roma.

preocupados acaso con otras cosas diferentes de las que os rodean! ¿Venís, por ventura, de tan lejas tierras, como parece indicar vuestro aspecto?

» ¿Cómo no derramais lágrimas al atravesar esta ciudad condolida, cual personas que no comprendéis todo lo acerbo de sus dolores?

» Si queréis pararos á escucharme, el corazón me dice entre suspiros que no os alejaréis sin haber llorado juntamente conmigo.

» Si, esta ciudad ha perdido á su Beatriz bella, y cuanto se diga de sus virtudes cierto que hará llorar á cualquiera. »

Dos nobles damas me enviaron en seguida á pedir que les compusiese unos versos, y atendiendo á su distincion, formé intencion de complacerlas, haciendo una composicion del todo nueva. Hice, pues, un soneto que diese á conocer mi situacion, y se le envié junto con otro que comenzaba:

« Oh corazones nobles, venid y escuchad mis suspiros. » El otro era el siguiente:

« A través de la esfera que gira más velozmente, penetra el suspiro nacido de mi pecho; es la nueva inteligencia á que Amor le induce llorando, y que á tan alto le remonta,

» Allí mi suspiro donde el Amor desea, ve á una dama rodeada de honores, cuyo resplandor es tan intenso, que con ayuda de sus propios rayos, el espíritu peregrino la admira y contempla.

» Tal la ve, que cuando me lo refiere no llevo á comprenderle; habla á mi corazón, descoso de escucharle, un lenguaje que no penetra mi inteligencia.

» Me consta, sin embargo, que me habla de ella, pues que á menudo pronuncia el amable nombre de Beatriz, que esto si lo comprendo, estimadas señoras mías (1).

Terminado este soneto, me sobrevino una extraordinaria vision, en que fui testigo de cosas tales, que formé el propósito de callar todo lo concerniente á aquella alma bienaventurada, mientras no pudiese hacerlo en términos dignos. Para lograrlo he estudiado sin cesar, como á ella

(1) En este soneto digo *espíritu peregrino*, puesto que sube á lo alto cual peregrino, y lejos del alcance del humano entendimiento. Digo también que mi pensamiento la ve aunque mi inteligencia no la comprende, pues esta es con respecto á las almas de los bienaventurados, como nuestra vista respecto á la luz del sol; así lo dice Aristóteles en el segundo libro de la Metafísica.

le consta. Y así si pluguiese al Sumo Criador que se prolongase mucho mi vida, espero decir de ella lo que jamas se ha dicho de otra alguna; despues, Dios me otorgue el bien de ir á gozar de la gloria que la sin par Beatriz está gozando, contemplando la faz de Aquél que es *per omnia sæcula benedictus*. LAUS DEO.

AMINTA.

FÁBULA PASTORAL DE TORCUATO TASSO,

TRADUCIDA

POR D. JUAN DE JÁUREGUI.

PERSONAS.

AMOR, *en hábito pastoril.*
DAPNE, *compañera de Silvia.*
SILVIA, *amada de Aminta.*
AMINTA, *enamorado de Silvia.*
TIRSI, *compañero de Aminta.*
SATIRO, *enamorado de Silvia.*
NERINA, *mensajera.*
ERGASTO, *mensajero.*
ELPINO, *pastor.*
CORO DE PASTORES.

PRÓLOGO.

AMOR, *en hábito pastoril.*

¿Quién creyera que en esta humana forma,
Y así en estos despojos pastoriles,
Estaba oculto un dios? No un dios agora
Salvaje ó de la plebe de los dioses,
Mas entre los celestes y los grandes
El de mayor poder; que muchas veces
Derriba á Marte la sangrienta espada
De la robusta mano, y á Neptuno,
Que las tierras combate, el gran tridente,
Y los rayos á Júpiter supremo.

En este aspecto y en aquestos paños
No reconocerá tan fácilmente
Mi madre Vénus al Amor, su hijo.
Esme forzoso andar huyendo della,
Y disfrazarme así, porque ella quiere
Disponer á su gusto de mis flechas
Y de mí mesmo; y de ambicion movida,
Cual liviana mujer, me insiste y lleva
A las ilustres cortes y los cetros,
Y allí procura que mi fuerza emplee;
Y sólo al vulgo de ministros míos,
Mis menores hermanos, da licencia
Que puedan alojarse entre las selvas,
Y usar las armas en silvestres pechos.
Yo, que no soy criatura, aunque mi rostro
Lo representa y mi ademan travieso,
Quiero usar de mis armas á mi gusto
Y disponer de mí segun mi antojo;
Que á mí fué concedido, y no á mi madre,
El fuego omnipotente y arco de oro.
Por esto, disfrazándome y huyendo,
No su imperio, que en mí no tiene águero,
Mas los ruegos, que al fin, siendo de madre,
Tienen fuerza, me escondo entre las selvas
Y en las cabañas de la gente humilde.
Ella me signe y busca, prometiendo,
A quien me manifieste, un dulce abrazo
O algun premio mayor, cual si no fuese
Yo poderoso para dar en cambio
Regalos semejantes ó mayores
A quien me encubra della. Esto á lo ménos
De cierto sé: que los halagos míos
A las doncellas les serán más gratos,
Si yo, que soy Amor, de amor entiendo.
Así me busca de ordinario en vano;

Que nadie quiere revelarme, y callan.
Pues por estar aun más oculto, y que ella
No pueda descubrirme por las señas,
Deje las alas, el aljaba y arco;
Mas no por eso vengo desarmado,
Que aquesta que parece simple vara,
Es mi encendida bacha transformada,
Y toda espira llamas invisibles.
Tambien aqueste dardo, aunque no tiene
La punta de oro, es de divino temple,
Y doquiera que pica, amor imprime.
Hoy he de hacer una profunda herida,
No ménos incurable, al duro pecho
De la más cruda ninfa que en los campos
Siguió jamas el coro de Diana.
Será tan grande llaga la de Silvia,
Que este es el nombre de la ninfa fiera,
Como una que yo hice, habrá algun tiempo,
Al tierno pecho del zagal Aminta,
Quando los dos de un modo pequenuelos,
El por el campo á caza la seguia;
Y porque el golpe en ella más encarne,
Esperaré que la piedad primero
Ablande el duro hielo, que apretado
Al rededor del corazon le ha puesto
La honestidad y virginal decoro;
Y en el instante mismo que lo sienta,
Algo más tierno, lanzaré el dardo;
Pues para ejecutar cómodamente
Mi empresa noble, ir quiero á entremeterme
Envuelto con la turba de pastores,
Que todos festejantes, coronados,
Aqui se juntan ya, donde los dias
Solenes gastan en solaz y fiesta,
Y fingiré ser uno de su escuadra,

En este puesto, en este, haré mi golpe,
Que no le puedan ver mortales ojos.
Hoy estas selvas en manera nueva
Se oirán hablar de amor; hoy ha de verse
Que aquí presente mi deidad asiste
Ella en sí misma, y no en ministros suyos.
Inspiraré sentido noble y puro
A los rústicos pechos, y en sus lenguas
Pondré un estilo dulce y delicado,
Pues en cualquiera parte que yo asista
Soy Amor en efecto, en los pastores
No ménos que en los héroes poderosos;
Y la desigualdad de los sujetos,
Como me place, igualo. Esta es la suma
Gloria que alcanzo, el gran milagro mio:
Que suelo hacer las rústicas zamponías
A la lira más docta semejantes.
Y si mi madre, que desdenea el verme
Andar errando por agrestes bosques,
Esta verdad no reconoce acaso,
Ella es ciega, no yo, que falsamente
Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO.

DAFNE Y SILVIA.

DAFNE.

¿Querrás, Silvia, en efecto,
Sin los placeres de la hermosa Venus
Pasar tus verdes y floridos años?
¿Ni oirás el dulce nombre
De madre, ni verás los tiernos hijos
Con apacible juego rodearte?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

SILVIA.

Siga otra los contentos amorosos,
Si es que hay en el amor algún contento.
Yo desta vida gusto, y mi deleite
Es atender al arco y la saeta,
Seguir la fiera fugitiva, y luego
Aterrar combatiendo la más brava;
Y mientras no faltaren
Al bosque fieras y á la aljaba flechas,
A mí no temo que placeres falten.

DAFNE.

Desabridos placeres

En este puesto, en este, haré mi golpe,
Que no le puedan ver mortales ojos.
Hoy estas selvas en manera nueva
Se oirán hablar de amor; hoy ha de verse
Que aquí presente mi deidad asiste
Ella en sí misma, y no en ministros suyos.
Inspiraré sentido noble y puro
A los rústicos pechos, y en sus lenguas
Pondré un estilo dulce y delicado,
Pues en cualquiera parte que yo asista
Soy Amor en efecto, en los pastores
No ménos que en los héroes poderosos;
Y la desigualdad de los sujetos,
Como me place, igualo. Esta es la suma
Gloria que alcanzo, el gran milagro mio:
Que suelo hacer las rústicas zamponías
A la lira más docta semejantes.
Y si mi madre, que desdenea el verme
Andar errando por agrestes bosques,
Esta verdad no reconoce acaso,
Ella es ciega, no yo, que falsamente
Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO.

DAFNE Y SILVIA.

DAFNE.

¿Querrás, Silvia, en efecto,
Sin los placeres de la hermosa Venus
Pasar tus verdes y floridos años?
¿Ni oirás el dulce nombre
De madre, ni verás los tiernos hijos
Con apacible juego rodearte?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

SILVIA.

Siga otra los contentos amorosos,
Si es que hay en el amor algún contento.
Yo desta vida gusto, y mi deleite
Es atender al arco y la saeta,
Seguir la fiera fugitiva, y luego
Aterrar combatiendo la más brava;
Y mientras no faltaren
Al bosque fieras y á la aljaba flechas,
A mí no temo que placeres falten.

DAFNE.

Desabridos placeres

Por cierto, y vida en todo desabrida,
Que si agora te agrada,
Es por no haber probado otra ninguna.
Así la gente que habitó primero
En el mundo, que aún era simple infante,
Tuvo por dulce y buen mantenimiento
Agua y bellotas; ya bellotas y agua
Es manjar y bebida de animales,
Por ser puestas en uso uvas y trigo.
Tú por ventura si una vez gustases
Cualquier mínima parte del contento
Que goza un corazón amante amado,
Dijeras, suspirando, arrepentida:
«Todo el tiempo se pierde
Que en amar no se gasta.
¡Oh mis pasados años!
Cuántas prolijas noches,
Cuántos silvestres solitarios días
He consumido en vano,
Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos!»
Muda, muda de intento,
Simplecilla de ti, que no te entiendes,
Y arrepentirse tarde importa poco.

SILVIA.

Quando yo arrepentida, suspirando,
Esas palabras diga,
Que tú finges y adornas á tu gusto,
Hacia sus fuentes volverán los rios,
Huirá el hambriento lobo del cordero,
El galgo de la liebre, amará el oso
El mar profundo y el delfin los Alpes,

DAFNE.

Conozco ya la juventud esquivada.
Así cual eres tú, también yo he sido;
Así también gocé de gentileza,
De rostro hermoso y de cabello rubio;
Así tuve, cual tú, los labios rojos,
Y en mis llenas mejillas delicadas
Mezclada así con el jazmín la rosa.
Auérdome que sólo era mi gusto
(¡Qué simple gusto!) componer las redes,
Armar con liga la una y otra mata,
Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
Y accechar de las fieras en el bosque
La cueva y huellas; y si vez alguna
Era mirada de lascivo amante,
Volvia la vista rústica y salvaje
Al suelo con vergüenza desdichosa,
Desplaciéndome entonces la hermosura
Tanto como á los otros agradaba,
Cual si fuera mi culpa ó mi deshonra
El ser vista, querida y deseada.
Mas ¿qué no puede el tiempo, y qué no puede,
Sirviendo, mereciendo y suplicando,
Hacer un importuno y fiel amante?
Vencida fui, yo lo confieso, y fueron
Del vencedor las armas
Humildad y continuo sufrimiento,
Llanto, suspiros y piadosos ruegos.
Mostráme, en fin, entonces
La oscura sombra de una breve noche
Lo que la luz de mil enteros días
En largo tiempo no me habia mostrado;
Reprehendime entonces de mi engaño
Y simple ceguedad, y suspirando,

Con voz alegre dije:

«Toma allá, Cintia, tu bocina y arco;

Que desde aquí renuncio

Tu aljaba, flechas, ejercicio y vida.»

Así también espero que tu Aminta

Llegue á domesticar en algun día

Esa tu condicion rústica y dura,

Y ablande en ese pecho

El intratable corazón de acero.

¿No es un gentil mancebo? No te quiere?

¿Acaso no es querido de otras ninfas?

¿Te deja á tí por el amor de alguna

O por el odio tuyo?

Pues ¿en nobleza acaso le aventajas?

Si tú eres hija de Cidipe, y ésta

Nació del dios de nuestro noble río,

El de Silvano es hijo, cuyo padre

Fué Pan, aquel gran dios de los pastores.

No es menos que tú bella, si te miras

Al espejo tal vez de alguna fuente,

La cándida Amarillis, y él desprecia

Sus afables caricias,

Y sigue tus desprecios desdeñosos.

Haz cuenta, y quiera el cielo que sea yana,

Que él, de tí desdefiado, al fin procura

Agradarse de aquella que le adora;

¿Qué sentirás? me di; ¿con cuáles ojos

Verás tu amante con ajeno dueño,

Y ya en ajenos brazos,

Feliz y alegre, estar de tí burlado?

SILVIA.

Haga Aminta de sí lo que gustare,
Y de su amor, que á mí me importa poco;

Y como no sea mio,

De quien quisiere sea;

Mas no será, no le queriendo, mio,

Y aunque él lo fuese, no sería suya.

DAFNE.

¿De dónde nace tu aborrecimiento?

SILVIA.

De su amor solamente.

DAFNE.

Padre apacible de hijo riguroso,

¿Cuándo se vió del corderillo manso

Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?

O á mí, Silvia, me engañas, ó á tí mesma.

SILVIA.

Aborrezco su amor, porque aborrece

Su amor mi honestidad, y amélo en tanto

Que de mi quiso lo que yo queria.

DAFNE.

Tú quieres lo peor, y él te desea

Lo que á sí mismo.

SILVIA.

Tú, mi Dafne, calla,

O habla de otra cosa, si pretendes

Que te responda.

DAFNE.

¡Qué desapacible,
 Qué soberbia rapaza! Dime al ménos,
 Si otro alguno te amara,
 ¿Admitieras su amor desa manera?

SILVIA.

De aquesta misma admitiré á cualquiera
 Insidiador de mi virgineo pecho,
 Que tú llamas amante, y yo enemigo.

DAFNE.

¿Juzgas por enemigo
 Por ventura el carnero de la oveja,
 El toro de la vaca?
 ¿Juzgas por enemigo
 Al caro esposo de su tortolilla?
 Juzgas por tiempo, acaso,
 De enemistad y enojo
 La dulce primavera,
 Que agora alegre y verde
 Enseña á amar el mundo y animales,
 Los hombres y mujeres, y no adviertes
 Cómo todas las cosas
 En este tiempo están enamoradas
 De un amor apacible y provechoso?
 Mira allí aquel palomo
 Con qué dulces arrullos y caricias
 Besa á su compañera;
 Oye aquel ruiseñor, de ramo en ramo
 Cómo salta, cantando: «Yo amo, yo amo.»
 Pues la culebra, si es que no lo sabes,

Deja el veneno y corre
 Fervorosa al amante;
 Siente de amor el tigre,
 Ama el bravo leon; tú sola, fiera
 Más que las fieras todas,
 Le niegas en tu pecho acogimiento.
 Mas ¿qué digo leon, serpiente y tigre,
 Que tienen sentimiento?
 Tambien aman los árboles y plantas.
 Mirar puedes la vid con cuánto afecto
 Y con cuántos abrazos repetidos
 A su marido enlaza.
 Ama un abeto al otro, el pino al pino,
 El fresno al fresno; el sauce por el sauce
 Y una por otra haya arde y suspira;
 Aquella grande encina,
 Que parece tan áspera y salvaje,
 Siente tambien el amoroso fuego;
 Y si tuvieras tú de amor sentido,
 Bien sus mudos suspiros entenderias.
 ¿Qué has de ser en efecto para ménos
 Que las plantas, huyendo ser amante?
 Muda, muda de intento,
 Simplecilla de tí, que no te entiendes.

SILVIA.

Pues bien, cuando á las plantas
 Oyere los suspiros,
 Digo que entónces quiero ser amante.

DAFNE.

Tú recibes á burla mis consejos
 Fieles, y así con mis palabras juegas.
 ¡Oh en amor sorda, cuánto boba y necia!

Mas anda, vendrá tiempo en que de véras
De no haberlos seguido te arrepientas.
Y no te digo cuando irás huyendo
Las fuentes, donde agora te deleitas;
Quando huirás las fuentes, por el miedo
De verte ya tan arrugada y fea,
Bien que esto te avendrá. Mas no te anuncio
Esto solo, que aunque es tan grave daño,
Es daño al fin comun; ¿no te se acuerda
Lo que Elpino contaba el otro día,
El sabio Elpino, á su Licori hermosa,
La que en Elpino puede con los ojos
Lo que él debiera en ella con el canto,
Quando el deber en el amor se hallára?
Pues lo contaba, oyendo Bato y Tirsi,
De amor grandes maestros, en la cueva
De la aurora, do encima de la puerta
Escrito está: «Lejos de aquí, profanos.»
El dijo (y dijo que se lo habia dicho
Aquel, de ingenio grande,
Que cantó los amores y las armas,
Cuya zampona le dejó muriendo)
Que hay una oscura cueva en el infierno,
Allá donde los hornos de Aqueronte
Éxhalan negro humo abominable,
Y que en aquesta con tormento eterno
De llanto y de tinieblas espantosas
Son castigadas merecidamente
Las mujeres ingratas y rebeldes.
Aguarda, pues, que allí se te apareje
Albergue á tu fiera, y será justo
Que saque el humo llanto de unos ojos
Do la piedad jamas pudo sacarlo.
Sigue, sigue tu estilo,
Desconocida ninfa y obstinada.

SILVIA.

¿Y qué le respondió Licori entonces
A tales cosas?

DAFNE.

Tú del propio hecho
Nada cuidas, ¿é inquieres los ajenos?
Con los ojos le dió respuesta.

SILVIA.

¿Cómo
Responder pudo con los ojos solos?

DAFNE.

Ellos, á Elpino vueltos, respondieron
Con una dulce risa: «Tuyos somos,
Y el mismo corazon de la que miras,
Ni más debes pedirle,
Ni más te puede dar.» Y esto bastára
Por muy cumplido premio al casto amante,
Quando él aquellos ojos
Juzgára verdaderos como bellos,
Y entera fe les diera.

SILVIA.

Y ¿por qué no los cree?

DAFNE.

Luego ¿no sabes

Lo que Tirsi escribió cuando, perdido,
Sin seso, ardiendo anduvo por los campos
De tal manera, que á la par movia
Piedad y risa en ninfas y pastores?
No fué lo que escribió digno de risa,
Si bien sus hechos, como ves, lo fueron.
El escribió mil troncos, y con ellos
Creció la letra juntamente y versos,
Donde me acuerdo haber así leído:
«Falsas lumbres, espejos engañosos
Del triste corazón, bien os conozco,
Y los engaños vuestros; mas ¿qué importa,
Si amor impide que de vos me aparte?»

SILVIA.

Yo estoy perdiendo el tiempo aquí en palabras,
Sin acordarme que es el día prescrito
Que habemos de ir á la ordenada caza
Del encinal. Si te parece, Dafne,
Me espera en tanto que en la fuente lavo
El polvo de que estoy toda cubierta
Desde ayer, por seguir un presto gamo
Que al fin pude matar.

DAFNE.

Esperaréte,
Y aún yo quizá me bañaré contigo;
Mas quiero ir ántes á mi casería,
Pues hasta agora no parece tarde.
Espérame en la tuya: iré á buscarte,
Y en tanto piensa tú lo que te importa
Más que la fuente y caza, y si no sabes,
Cree que no sabes, y á los sabios cree.

AMINTA Y TIRSI.

AMINTA.

He visto al llanto mio
El mar, las piedras responder piadosas,
Y suspirar las hojas
He visto al llanto mio;
Mas no he visto jamas, ni ver espero,
Compadecerse mi enemiga bella
(Que no sé si mujer la nombre ó fiera);
Pero ya niega ser mujer humana
La que piedad me niega,
No habiéndola negado
Hasta la dura inanimada piedra.

TIRSI.

Pace el cordero la menuda hierba,
Y el lobo se alimenta del cordero;
Mas el amor de lágrimas se ceba,
Y sin jamas mostrarse satisfecho.

AMINTA.

Ay triste, que el amor bien satisfecho
Está ya de mi llanto; sólo tiene
Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre
Él y mi ingrata con los ojos heban.

TIRSI.

¡Ay, Aminta infeliz! ¿Qué devaneas?
¿Qué estás diciendo? Esfuérzate y conforta

Que otra ninfa hallarás, si te desprecia
Esta cruel.

AMINTA.

¿Cómo podré hallar otra,
Si hallarme á mi no puedo? Y si yo mismo
Me perdi, ¿qué ganancia
Adquiriré jamas que me contente?

TIRSI.

¡Oh misero zagall! no desesperes;
Que adquirirás la misma que deseas.
Sabe que el tiempo largo enseña al hombre
Poner freno al leon y tigre hircana.

AMINTA.

Sí, pero el desdichado
No puede largo tiempo
Sostener la tardanza de su muerte.

TIRSI.

Será breve tardanza, porque en breve
Se enojan las mujeres y se aplacan,
A quien naturaleza hizo mudables
Más que la hoja al viento y que la punta
De blanda espiga. Pero yo te ruego
Que de lo oculto de tu triste estado
Me des noticias; que si bien me has dicho
Diversas veces que de veras amas,
La causa de tu amor siempre callaste;
Y mi fiel amistad pienso merece.

Con el comun estudio de las musas,
Que me descubras lo que á todos celas.

AMINTA.

Tirsi, yo soy contento de decirte
Lo que las selvas, montes y los rios
Ya saben, y los hombres aún no saben;
Porque ya estoy tan cerca de mi muerte,
Que me importa dejar quien manifieste
De mi morir la causa, y que la imprima
En la corteza de una haya infausta,
Junto al lugar do yacerá mi cuerpo,
Donde tal vez pasando aquella ingrata,
Huelgue pisar los infelices huesos
Con el soberbio pié, y entre sí diga:
«Este es mi triunfo»; y de mirar se alegre
Que ya es patente su vitoria á todos
Los pastores vecinos y extranjeros,
Que allí traiga la suerte, y ser podría
(Mas mucho espero) se llegase un día
Que ella, aunque tarde, de piedad movida,
Llorase muerto al que quitó la vida,
Diciendo: «¡Oh! ya viviese y fuese mio.»
Mas oye agora.

TIRSI.

Dí, que bien te escucho,
Quizá con mejor fin que tú no piensas.

AMINTA.

Siendo yo zagalejo,
Tanto, que apenas con la tierna mano

Podía alcanzar de las primeras ramas
En los pequeños árboles el fruto,
Tuve pura amistad con una ninfa,
La más amable y bella
Que al viento dió jamas sus hebras de oro.
Bien conoces la hija de Cidipe
Y del rico Montano, Silvia cara,
Honor de nuestras selvas
Y ardor de nuestras almas; desta digo.
Vivi con esta un tiempo tan unido,
Que entre dos tortolillas más conforme
Fidelidad ni se verá ni ha visto.
Eran nuestros albergues
Bien juntos, pero más los corazones;
Conformes las edades,
Pero los pensamientos más conformes.
Con ella muchas veces
Tendi la red á pájaros y á peces;
Seguí con ella el ciervo y el veloz gamo,
Y era común la caza y el contento.
Mas miéntras de animales hacia presa,
Sin saber cómo, fui yo mismo preso.
Poco á poco nació en el pecho mio
No sé de qué raíz (como la hierba,
Que suele de sí misma ella nacerse),
Un incógnito afectó,
Que mi deseo movia
A ver siempre delante
Mi compañera Silvia,
Y de sus bellos ojos
Solia gustar una dulzura extraña,
Que al fin dejaba un no sé qué de amargo.
Mil veces suspiraba, y no sabía
Cuál fuese la ocasion de mis suspiros.
De manera que fui primero amante

Que el amor conociese. Vine al cabo
Bien á entenderlo; mas el modo escucha,
Y nota cómo fué.

TIRSI.

Debe notarse.

AMINTA.

De un álamo á la sombra Silvia y Filis,
Y yo junto con ellas,
Huyendo el sol estábamos un dia,
Quando una abeja, que ligera andaba
Su miel cogiendo en los floridos prados,
A Filis fué volando,
Y en la mejilla hermosa,
Más fresca y más rosada que la rosa,
A nuestros ojos le picó atrevida
(Quizá engañada con la semejanza,
Creyó que fuese flor). Entónces Filis
Como impaciente, comenzó á quejarse
De la aguda picada;
Pero mi bella Silvia dijo: «Calla,
Calla; no te laments, Filis mia,
Que con palabras, que yo sé, de encanto
Te quitaré el dolor. Este secreto
Supe de Aresia, maga, y le dí en trueco
Mi cuerno de marfil y engaste de oro.»
Esto diciendo, acercó los labios
De aquella dulce boca á la mejilla
Herida, y blandamente murmurando,
Dijo no sé qué versos, y al momento
¡ Maravilloso efecto! sintió Filis

Quitársele el dolor. O fué la fuerza
Y virtud de las mágicas palabras,
O, como yo presumo,
La virtud de la boca,
Que sana lo que toca;
Pues yo, que hasta entónces
Otra ninguna cosa deseaba
Que la agradable lumbre de sus ojos
Y sus palabras dulces, más suaves
Que el lento murmurar de un arroyuelo
Que rompe el curso entre menudas guijas,
Y el resonar del céfiro en las hojas,
Entónces me encendió nuevo deseo
De juntar á los suyos estos labios;
Y con mayor astucia y más aviso
Que nunca había tenido (mira cuánto
El amor sutiliza nuestro ingenio)
Se me ofreció un engaño con que en breve
Llegar pudiese á conseguir mi intento,
Y fué desta manera: que fingiendo
Me había picado otra molesta abeja
El labio bajo, comencé á quejarme
De suerte, que el remedio que la lengua
No demandaba, el rostro le pedía.
La simplecilla Silvia,
Piadosa de mi mal, se ofreció luégo
Con el remedio á la engañosa herida,
Y hizo (¡ ay triste!) mucho más crecida
Y más mortal mi herida verdadera
Cuando llegó sus labios á los míos.
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,
Como yo entónces de sus frescas rosas,
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba á humedecerlas,

Se abstuvo, de temor y de vergüenza,
Siendo más lento y ménos atrevido;
Mas miéntras descendía
Al corazon la gran dulzara, mixta
De un secreto veneno,
Tanto regalo de este bien sentía,
Que fingiendo no haberseme del todo
Pasado aquel dolor, hice de suerte,
Que ella más veces repitió el encanto.
De allí adelante de manera anduvo
Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
Que como ya en el pecho no cupiesen,
Por fuerza hubieron de salir; y un día
Que en cerco se sentaban muchas ninfas
Y pastores, haciendo un juego nuestro,
Que cada uno por orden le decia
En la oreja un secreto al más vecino,
Le dije á Silvia: « Yo por tí me abraso,
Y moriré si tú no me remedias. »
A estas palabras inclinó su rostro,
Y de improviso le tiñó de rojo,
Dando señales de vergüenza y rabia.
No tuve otra respuesta que un silencio
Mudo, turbado y lleno de amenazas.
Quitóse de allí luégo, y nunca quiso
Más hablarme ni verme. Y ya tres veces
Ha el segador cortado las espigas,
Y tantas el invierno ha despojado
Los verdes bosques de sus frescas hojas;
Y todos los caminos he tentado
Por aplacarla, fuera de la muerte,
Morir me falta en fin por aplacarla,
Y moriré en buen hora, como entienda
Que he de causarle sentimiento ó gozo:
Ni sé cuál quiera más de estas dos cosas,

Bien fuera la piedad más rico premio
De mi fe verdadera,
Y mayor recompensa de mi muerte;
Más no debo querer cosa que turbe
La luz serena de sus ojos bellos,
Ni que moleste aquel hermoso pecho.

TIRSI.

¿Es posible que Silvia, si te oyese
Palabras semejantes, no te amase?

AMINTA.

No lo sé ni lo creo;
Más huya mis palabras,
Cual áspid el encanto.

TIRSI.

Pues confía;
Que el corazón me dice
Que he de ser poderoso á que te escuche.

AMINTA.

O nada alcanzarás, ó cuando alcances
Al fin que yo te hable,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

TIRSI.

¿Por qué así desesperas?

AMINTA.

Desespero
Con justa causa, porque el sabio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte;
Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las hierbas y las fuentes.

TIRSI.

¿De cuál Mopso me dices? ¿Del que tiene
En la lengua melosas las palabras,
Un amigable término en los labios,
Y engaños y traiciones en el pecho?
Ora está de buen ánimo; que todos
Los pronósticos suyos infelices,
Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamás tienen efecto;
Y de experiencia sé lo que te digo.
Antes, por eso sólo que él te anuncia,
Me atrevo á asegurarte un fin dichoso
En tus amores.

AMINTA.

Pues si sabes cosa
Que aliente mi esperanza, no la calles.

TIRSI.

Dirétela en buen hora: á los principios
Que me trajo la suerte en estos bosques,
Ese hombre conocí, del cual juzgaba
Lo que tú juzgas. Una vez, en tanto,
Me vino gusto de ir donde su asiento

Tiene la gran ciudad cerca del río ;
Y primero, tratándolo con éste,
Me dijo así: «Tú irás á la gran tierra
Donde el astuto vulgo y cortesanos
Sobervios é insolentes muchas veces
Hacen pesadas burlas de nosotros,
Como de gente rústica y salvaje.
Así, ve sobre aviso : no te acerques
Mucho á las sedas de color ni al oro,
Nuevos trajes, divisas ni penachos ;
Y sobre todo, guárdate no veas,
Por mala suerte ó juvenil descuido,
La casa de los chismes y las charlas ;
Huye aquel encantado alojamiento.
¿Qué puesto es éste?» pregunté ; y él dijo :
«Aquí habitan las magas, que encantando,
Hacen que se trasoiga y se trasvea ;
Lo que parece de diamante y oro
Es vidrio y cobre ; aquellas ricas arcas,
Que juzgarás muy llenas de tesoro,
Espuertas son de viles trastos llenas.
Aquí están las paredes con grande arte,
Que hablan y responden al que habla,
Y no responden la palabra escasa,
Cual eco suele por las selvas nuestras,
Mas la replican toda entera, entera,
Y aun aumentada de lo que otro dice ;
Hasta las sillas, mesas y los bancos,
Los escaños, las camas, las cortinas,
Y el más adorno de la casa, todos
Tienen su lengua y voz, y siempre gritan.
Las charlas, en figura de rapazas,
Andan triscando, que si entrase un mudo,
Un mudo á su despecho charlaría.
Mas éste es, hijo, el más ligero daño

Que te avendrá : tú puedes trasformado
Quedar en sauce, en fiera, en agna ó fuego,
Agna de llanto y fuego de suspiros.»
Así me dijo, y yo me fui con este
Pronóstico infeliz á mi Ferrara.
Y como quiso Dios benigno, acaso
Un dia pasé por el feliz albergue,
De donde dulces y canoras voces
Salian de cisnes, ninfas y sirenas,
De sirenas celestes ; y salía
Un blando y claro són, con tal dulzura,
Que atónito gozando y admirando,
Embececido me paré un gran rato.
Estaba encima de la puerta un hombre
De semblante magnánimo y robusto,
Como por guarda de tan gran belleza,
Del cual, segun pude entender, se duda
Si es mejor capitán que caballero.
Él, con afable y grave cortesía,
Siendo un ilustre príncipe, yo humilde
Bajo pastor, me convidó á que entrase.
¡Oh lo que vi ! ¡Lo que sentí yo entonces !
Yo vi celestes dioses, ninfas bellas,
Nuevas lumbres purísimas, y Orfeos ;
Y otros hallé tambien sin velo ó nube.
La aurora vi, cual suele aparecerse
Ante los inmortales, esparciendo
Sus rayos de oro y su rocío de plata.
Vi fecundando relucir en torno
A Febo y á las musas, y acogido
Elpino entre éstas ; y en aquel instante
Sentí más grande hacerme de mí mismo,
Lleno de gran virtud, lleno de nueva
Deidad ; luego cantando héroes y guerras,
Desdené el pastoril rústico verso,

Y aunque despues por gusto ajeno vine
Ob a vez á las selvas, no por eso
De é de sostener alguna parte
De aquel altivo espíritu. No suena
Ya mi zampoña humilde cual solía;
Sino con vez más alta y más sonora,
En ula de la trompa, hinche las selvas.
De pues oyóme Mopso, y con malvada
Vista mirando, me aojó, que ronco
Vine á quedar, de que callé gran tiempo.
Pensaban los pastores que me hubiese
El lobo visto, y era Mopso el lobo.
Esto te he dicho, porque entiendas cuanto
Crédito debe darse á lo que dice.
Tú, Aminta, puedes esperar sin duda,
Por sólo que éste quiera que no esperes.

AMINTA.

Mucho me alegra todo lo que cuentas.
A tí el cuidado, Tirsi, te remito
Desta mi vida.

TIRSI.

Yo tendré el cuidado,
Y tú me espera aquí dentro de una hora.

CORO DE PASTORES.

¡Oh bella edad del oro venturosa!
No porque miel el bosque destilaba
Y de las fuentes leche se vertía;
No porque dió sus frutos abundosa
La tierra, que al arado no tocaba

Ni venenosa sierpe consentia;
No porque relucía
Sin tristes nubes el sereno cielo,
Y siempre era templada primavera,
(Que ya no persevera,
Mas la destemplan el calor y el hielo),
Ni llevó nave á la extranjera tierra
La vil codicia ó la sangrienta guerra;

Mas sólo porque entónces este vano,
Vano y fugido nombre sin sujeto,
Este idolo de errores engañoso,
A quien la urbanidad y el vulgo insauo
Llamó despues honor, y es en efecto
De la naturaleza opuesto odioso,
No mezcló malicioso
Su afan en los dulcísimos ameres,
Ni de su dura ley tan importuna
Tuvo noticia alguna
Aquella libre escuadra de amadores,
Mas de una natural, que consentía
Fuese licito aquello que placia.

Entónces por el agua y por las flores
Iban con dulces bailes retozando
Los Cupidillos sin aljaba ó lazo.
Sentábanse las ninfas y pastores,
Caricias mil al razonar mezclando,
Y á las caricias uno y otro abrazo.
De velo ni embarazo

Jamas cubrió sus rosas encarnadas
La pastorcilla, ni la pura frente;
Desnudo juntamente
Su blanco pecho y pomas delicadas,
Y á menudo en el agua detenida
Triscar se vió el amante y su querida.

Tú, honor, fuiste el primero que negaste

La fuente de deleites tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste.
Tú á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz que en su belleza asiste;
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro que trataba el viento,
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lascivo,
Freno á la lengua y arte al movimiento.
Efecto (¡oh vil honor!) es sólo tuyo
Que el dón de amor se llame hurto suyo.
Y suelen ser tus célebres hazañas
Las penas del que oprimes á tus leyes.
Mas tú, señor de la naturaleza
Y del amor, tú, que sujetas reyes,
¿Qué pretendes oculto entre cabañas,
Donde caber no puede tu grandeza?
Allá con la nobleza
Te va á turbar el sueño preeminente;
Deja sin tí nuestros humildes pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos; que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.
Amemos, que el sol muere y luego nace,
A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del día,
Y el sueño eterna noche nos envía.

ACTO SEGUNDO.

SÁTIRO:

Es pequeña la abeja por extremo,
Y con sus breves armas, cuando pica,
Hace molesta y grave la herida;
Mas ¿qué cosa tan breve y tan pequeña
Como el amor? que en todo breve espacio
Entra y se esconde; ya en la sombra escasa
De unas pestañas, ya entre las primeras
Sútiles hebras de un cabello rubio,
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima, le vemos
Hacer mortales incurables llagas.
¡Triste de mí, que es todo llaga y sangre
Mi corazón y entrañas, y mil dardos
Puso el amor en los airados ojos
De Silvia: ¡perudo amor, ingrata Silvia,
Más cruda y más ingrata que las selvas!
¡Oh, cómo te compete el nombre, y cómo
Quien tal nombre te puso lo entendía!
La selva encubre al oso, tigre y sierpe
En su arboleda verde, y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y odio,
Fieras mayores que oso, tigre y sierpe;
Que aquéllas suelen aplacarse, y éstas
No se aplacan por dádivas ni ruegos.

La fuente de deleites tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste.
Tú á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz que en su belleza asiste;
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro que trataba el viento,
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lascivo,
Freno á la lengua y arte al movimiento.
Efecto (¡oh vil honor!) es sólo tuyo
Que el dón de amor se llame hurto suyo.
Y suelen ser tus célebres hazañas
Las penas del que oprimes á tus leyes.
Mas tú, señor de la naturaleza
Y del amor, tú, que sujetas reyes,
¿Qué pretendes oculto entre cabañas,
Donde caber no puede tu grandeza?
Allá con la nobleza
Te va á turbar el sueño preeminente;
Deja sin tí nuestros humildes pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos; que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.
Amemos, que el sol muere y luego nace,
A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del día,
Y el sueño eterna noche nos envía.

ACTO SEGUNDO.

SÁTIRO:

Es pequeña la abeja por extremo,
Y con sus breves armas, cuando pica,
Hace molesta y grave la herida;
Mas ¿qué cosa tan breve y tan pequeña
Como el amor? que en todo breve espacio
Entra y se esconde; ya en la sombra escasa
De unas pestañas, ya entre las primeras
Sútiles hebras de un cabello rubio,
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima, le vemos
Hacer mortales incurables llagas.
¡Triste de mí, que es todo llaga y sangre
Mi corazón y entrañas, y mil dardos
Puso el amor en los airados ojos
De Silvia: ¡perudo amor, ingrata Silvia,
Más cruda y más ingrata que las selvas!
¡Oh, cómo te compete el nombre, y cómo
Quien tal nombre te puso lo entendía!
La selva encubre al oso, tigre y sierpe
En su arboleda verde, y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y odio,
Fieras mayores que oso, tigre y sierpe;
Que aquéllas suelen aplacarse, y éstas
No se aplacan por dádivas ni ruegos.

Tú, cuando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro más hermosas flores.
Pues si te traigo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás más bellas.
Cuando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser más dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa que no haya en ti más dulce y bella,
A mí mismo te doy: ¿por qué desprecias
Y aborreces el dón? Que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, cuando, callado el viento,
Sus claras ondas serenaba un día.
Este mi rostro de color sanguíneo,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho
Y vedijados muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Qué piensas tú hacer destos donceles,
Apénas florecido el blando bozo
En sus mejillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mujeres son aquestos en semblante
Y en obras. Dile á alguno que te siga
Por selva y monte, y que por tí combata
Contra el valiente jabalí y el oso.
No soy, pues, malo yo, ni tú me dejas
Por la forma que tengo, sino sólo
Por mi pobreza: en fin, las caserías
Siguen de las ciudades el ejemplo.
Sin duda alguna el siglo de oro es éste,
Pues sólo vence el oro y reina el oro.

¡Oh tú, que fuiste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos frios,
Y no alcancen jamas pastor ó ninfa
Que pasando les diga: «Hayais descanso;»
Mas los bañe la lluvia y mueva el viento,
Y con inmundo pié todo ganado
Los huelle. Tú primero envileciste
La nobleza de amor, y su dulzura
Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, amor siervo del oro.
Es el monstruo más vil y abominable
Que el mar y tierra engendran y producen.
Mas ¿para qué me quejo al aire en vano?
Usa las armas cada cual que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa.
Usa los piés el ciervo, el león las garras,
El jabalí el colmillo; así son armas
De la mujer beldad y gentileza.
Pues ¿cómo yo al presente no me valgo
De mi ferocidad para defensa
De mi salud, pues la naturaleza
Apto me hizo á la violencia y robo?
Yo me quiero robar lo que me niega
Esta enemiga, y al amor ingrata.
Pues como agora me contó un cabrero,
Que sabe sus costumbres, ella suele
Refrescarse á menudo en una fuente,
Y me enseñó el lugar; pienso esconderme
En él entre los céspedes y ramas,
Aguardando á que venga, y como vea
Buena ocasion, me arrojaré tras ella.
¿Qué puede contrastar una mozueta
Con la débil carrera ó con los brazos
Contra mí, tan ligero y poderoso?.

Llore, suspire, ponga toda fuerza
 De piedad ó hermosura, que si puedo
 Revolver esta mano á su cabello,
 De allí no irá, sin que primero tiña,
 Por venganza, mis armas de su sangre.

DAFNE y TIRSI.

DAFNE.

Como te dije, Tirsi, ya yo via
 Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
 Cómo le he hecho siempre buen oficio,
 Y agora con más gusto hê de hacerle,
 Porque los ruegos tuyos intervienen.
 Mas ántes me atreviera, te prometo,
 A domar un novillo, un tigre, un oso,
 Que una rapaza destas simple y boba,
 Tan boba como bella, que no advierta
 Cuán ardientes y agúdas son las armas
 De su belleza, y con el llanto y risa
 A muchos mate y del herir no entienda.

TIRSI.

¿Qué mujer hay tan simple, que en saliendo
 De las mantillas, ya no aprenda el arte
 De contentar y parecer hermosa,
 De matar agradando y saber cuáles
 Armas pueden herir y cuáles matan,
 Y cuáles dan salud y resucitan?

DAFNE.

¿Quién es maestro de tan grandes artes?

TIRSI.

Tú finges y me tientas: el que enseña
 El canto y vuelo á las ligeras aves,
 El nadar á los peces, el encuentro
 A los carneros, á los bravos toros
 Usar del cuerno, y al pavon soberbio
 Tender la pompa de bizarras plumas.

DAFNE.

¿Cuál es el nombre suyo?

TIRSI.

El nombre es Dafne.

DAFNE.

¡Oh falsa lengua!

TIRSI.

Luego, ¿tú no bastas

A dar á mil discípulas escuela?
 Aunque á decir verdad, bien poca falta
 Les hace otro maestro; su maestra
 Es la naturaleza, y á las veces
 También la madre y ama alcanzan parte.

DAFNE.

Tú eres en suma malicioso, Tirsi;
 Pues yo te sé decir que no resuelvo
 Si es ya tan boba Silvia y tan sencilla

Como en sus hechos y palabras muestra,
Vi ayer cierta señal, y ésta me puso
En mucha duda. Yo la hallé cercana
A la ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta
Con un estanque trasparente y limpio;
Allí la vi, toda pendiente el cuerpo,
De suerte que mostraba deleitarse
De mirar á sí mesma, y le pedia
Consejo al agua cómo dispondría
Por cima de la frente su cabello,
Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
Diversas flores que tenía en la falda.
De allí sacaba la azucena y rosa,
Y la llegaba á su purpúreo rostro
Y á su cándido cnello, cotejando
Las colores; y luego, muy ufana
De la vitoria, un tanto se reía,
Como diciendo: «Yo en efeto os venzo.
No os traigo aquí por ornamento mio,
Mas solo os traigo por vergüenza vuestra
Y por mostrar que os llevo gran ventaja.»
Mas mientras se adornaba y componía,
Volvió los ojos bien acaso, y viendo
Cómo yo la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo y derramó las flores.
Cuanto más yo de verla me reía,
Mas ella de mi risa se encendía;
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello, y en parte recogido,
Dos ó tres veces revolvió los ojos
Hacia la fuente consejera á hurto,
Como temiendo ser de mí entendida.
Miróse descompuesta, mas con todo,
Se satisfizo, que se vió muy bella,

Si descompuesta. Yo entendilo todo,
Pero callé.

TIRSI.

Tú me refieres, Dafne,
Lo que he pensado siempre: ¿no lo dije?

DAFNE.

Bien lo dijiste, mas á todos oigo
Que no fueron las ninfas y pastoras
Tan entendidas ántes, ni yo tuve
Tal juventud. El mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

TIRSI.

Quizá entónces no usaban tantas veces
Los ciudadanos ver el campo y selvas,
Ni tantas veces nuestras zagalejas
Entrar en la ciudad. Ya están mezclados
Linajes y costumbres; mas dejando
Agora estos discursos, ¿no harías
Por conformar á Silvia en que le hablase
Aminta solo, ó tú delante, un dia?

DAFNE.

No sé; Silvia es esquiva por extremo.

TIRSI.

Y Aminta por extremo comedido.

DAFNE.

Pues no hará nada comedido amante ;
 Tú le aconseja que á otra cosa atienda,
 Si es de ese humor. El que saber quisiere
 De amar, deje respetos, ose y pida,
 Solicite, importune, y si no basta,
 Tome lo que pudiere. ¿ Tú no sabes
 De la mujer la condicion precisa ?
 Huye, y huyendo quiere que la alcancen ;
 Niega, y negando quiere que la apremien ;
 Lucha, y luchando quiere que la vengañ.
 Ya sabes, Tirsi, que de ti me fio,
 Porque en silencio guardes lo que digo.

TIRSI.

No hay ocasion por qué de mí sospeches
 Que jamas diga cosa que te ofenda ;
 Mas rnégote, mi Dafne, por la dulce
 Memoria de tus años juveniles,
 Me favorezcas, ayudando á Aminta
 Misero, que perece.

DAFNE.

¡ Qué conjuro
 Tan gentil ha buscado este inocente !
 La juventud me trae á la memoria ;
 El bien pasado es el presente enojo.
 Pues ¿ qué dices que haga ?

TIRSI.

No te falta

Ingenio ni consejo ; basta sólo
 Que á querer te dispongas.

DAFNE.

Ora sabe

Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
 A la fuente que llaman de Diana,
 Allí donde aquel plátano da sombra
 Al agua dulce y al lugar convida
 Las ninfas cazadoras : en aqueste
 Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

TIRSI.

Pues bien.

DAFNE.

¿ Cómo, pues, bien ? ¿ Qué mal entiendes !
 Si en ti cabe discurso, eso te basta.

TIRSI.

Ya entiendo ; mas no sé si ha de atreverse
 Él á tanto.

DAFNE.

Pues si él no ha de atreverse,
 Estése así y aguarde á que le busquen.

TIRSI.

Él es por cierto tal, que lo merece.

DAFNE.

Pero nosotros, ¿no hablaremos algo
De tí mismo? Di, Tirsi, ¿tú no quieres
Enamorarte, pues aún eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,
Y ayer te conocimos bien eriatura?
¿Has de vivir ocioso y sin contento?
Que sólo sabe de placer el que ama.

TIRSI.

No desecha de Vénus los placeres
Quien se retira del amor, mas goza
El dulce del amor sin el amargo.

DAFNE.

Es desabrido dulce el que le falta
Mezcla de algun amargo, y luégo causa.

TIRSI.

Más vale, pues, hartarse
Que estar siempre hambriento.

DAFNE.

No ya con el manjar que se posee;
Y cuanto más se gusta más agrada.

TIRSI.

¿Quién es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda

Hallarlo expuesto á su apetito y hambre?

DAFNE.

Mas ¿quién halló jamas lo que no busca?

TIRSI.

Es peligro buscar lo que adquirido
Causa breve contento,
Y no adquirido mucho más tormento.
Hasta que llantos y suspiros falten
En el amor y en su tirano reino,
Tirsi no ha de volver á ser amante.
Ya basta lo que tengo padecido.
Otro fiel amador hará su parte.

DAFNE.

Mas no tienes gozado lo que basta.

TIRSI.

Ni gozarlo deseo
Si tan caro se compra.

DAFNE.

Amar te será fuerza, si no gusto.

TIRSI.

No me pueden forzar estando léjos.

DAFNE.

¿Quién está léjos del amor?

TIRSI.

Quien huye.

DAFNE.

Y ¿qué importa que huyas de sus alas?

TIRSI.

Tiene al nacer amor las alas cortas,
Que apenas le sustentan;
Y así no las extiende á todo vuelo.

DAFNE.

Pues no conoce el hombre cuando nace,
Y cuando lo conoce es grande y vuela.

TIRSI.

No, si otra vez no ha visto cómo nace.

DAFNE.

Ora verémos si tus ojos huyen,
Como dices, y luègo te protesto,
Ya que presumes tanto de ligero,
Que cuando te veré pedirme ayuda,
No moveré por ayudarte un paso,
Un solo dedo, una pestañita sola.

TIRSI.

¡Bravo rigor! Qué ¿me podrás ver muerto?
Pues Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

DAFNE.

Tú me burlas, en fin, y por ventura
No me mereces por amante: ¡ay, cuántos
Engaña un rostro colorado y liso!

TIRSI.

No burlo á fe; mas ántes me parece
Que con esa protesta me desechas,
Cual hacen todas; pero ¿qué remedio?
Viviré sin amor si no me quieres.

DAFNE.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive;
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

TIRSI.

¡Oh Dafne, en esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como á Dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar por las campiñas
Extendidas, alegres y fecundas,
Y las alpestrés cumbres de Apenino.
El dijo así cuando me hizo suyo:
«Tirsi, ahuyenten otros los ladrones
Y los lobos, guardando mis rebaños;

Reparta otro los premios y las penas
 A mis ministros ; otros apacienten
 Mis ganados ; en fin, otro, conserve
 La lana y leche, y otro la despenda ;
 Agora canta tú, que estás ocioso.
 Así será razon que no le burla
 Con mundanos amores, sino cante
 Los abuelos de aqueste verdadero,
 No sé si Apolo ó Júpiter lo llame,
 Que á ambos parece en el aspecto y obras,
 Abuelos de mayor merecimiento
 Que el gran Saturno y Celo. Agreste musa
 ¿A mérito real? Mas no por eso,
 Que suene clara ó ronca, la desprecia,
 De su mismo sujeto nada canto,
 Porque no puedo dignamente honrarlo
 Sino con el silencio y reverencia ;
 Mas no faltan jamas en sus altares
 Las flores de mi mano ni los fuegos
 De inciensos olorosos y suaves,
 Ni faltará en mi pecho esta devota
 Y pura religion hasta que vea
 Pacer el aire por el aire el ciervo,
 Y que, mudado el curso de los rios,
 Beba la Sona el persa, el franco el Tigris.

DAFNE.

Tú vas muy alto ; ora descende un poco
 Al propósito nuestro.

TIRSI.

El punto es éste :
 Que en estando en la fuente tú con Silvia

Procures ablandarla, y yo entre tanto
 Procuraré que Aminta vaya, y pienso
 Que no es ménos difícil que la tuya
 Mi diligencia. Vé en buen hora.

DAFNE.

Voyme,

Pero nuestro propósito no era ése.

TIRSI.

Si bien diviso desde aquí su rostro,
 Allí parece Aminta : él es sin duda.

AMINTA Y TIRSI.

AMINTA.

Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa ;
 Porque si nada ha hecho,
 Antes de consumirme he de matarme
 Ante los ojos mismos de la ingrata ;
 Que pues le agrada tanto
 Deste mi corazon la viva llaga,
 Agudo golpe de sus ojos bellos,
 Tambien debe agradarle
 La llaga de mi pecho,
 Golpe furioso de mis propias manos.

TIRSI.

Nuevas te traigo, Aminta, de consuelo ;
 Bien puedes ya dejar tanto lamento.

AMINTA.

¡Ay, Tirsi! ¿Qué me dices?
¿Tras la vida ó la muerte?

TIRSI.

Traigo salud y vida si te atreves
A acometerlas; pero ve dispuesto
A ser un hombre, Aminta,
A ser un hombre de ánimo resuelto.

AMINTA.

¿Cómo y con quién el ánimo me importa?

TIRSI.

Si estuviese tu niufa en una selva
Que, cercada de altísimos peñascos,
Diese albergue á los tigres y leones,
¿Fuera allá?

AMINTA.

Fuera seguro y pronto,
Mas que en la fiesta zagaleja al baile.

TIRSI.

Y si estuviese entre ladrones y armas,
¿Fuera allá?

AMINTA.

Fuera resuelto y presto,
Mas que á la fuente el ciervo caluroso.

TIRSI.

Mayor empresa importa que acometas.

AMINTA.

Iré por medio el rápido torrente,
Cuando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita: iré por medio
Del vivo fuego, y al infierno mismo,
Cuando en él estuviese, si ser puede
Infierno donde está cosa tan bella.
Descubre, acaba, lo que pasa.

TIRSI.

Escucha:

Silvia te espera agora en una fuente,
Desnuda y sola, ¿irás allá?

AMINTA.

¿Qué dices?
¿Silvia me espera á mí, desnuda y sola?

TIRSI.

Sola con Dafne, que es de nuestra parte.

AMINTA.

¿Y desnuda me espera?

TIRSI.

Desnuda digo ; mas.....

AMINTA.

¡Ay triste! Acaba.
¿Que más, Tirsi? Tú callas, tú me matas.

TIRSI.

Mas no sabe que has de ir allá.

AMINTA.

Terrible
Y fiera conclusion, que ya en veneno
La dulzura pasada me convierte.
Cruel, ¿con cuál estudio me atormentas?
¿Tan poco desdichado te parezco,
Que aumentar quieres la miseria mía?

TIRSI.

Haz tú mi parecer ; serás dichoso.

AMINTA.

¿Que me aconsejas?

TIRSI.

Que pasar no dejes
La dicha que te ofrece la fortuna.

AMINTA.

Dios no permita que jamas yo intente
Cosa que la disguste ; ni yo supe
Hacer cosa jamas contra su gusto,
Sino es amarla ; y el amarla es fuerza,
Fuerza de su hermosura y no mi culpa.
Asi no se verá que, en cuanto pueda,
No procure agradarla.

TIRSI.

Ora responde :

Si potestad tuvieras
Para dejar de amarla,
¿Dejarasla de amar por agradarla?

AMINTA.

Ni tal cosa consiente amor que diga,
Ni que imagine ver en tiempo alguno
El dejarla de amar, aunque pudiese.

TIRSI.

Desa manera á su pesar la amaras,
Pudiendo no quererla.

AMINTA.

No fuera á su pesar, mas la amaria.

TIRSI.

¿ Sin su gusto en efeto?

AMINTA.

Si por cierto.

TIRSI.

Pues ¿ cómo sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin que le será agradable.

AMINTA.

¡ Ay, Tirsi amigo! Amor por mí responde;
Que á referir no acierto
Lo que me dice el corazon. Tú agora
Estás muy diestro por el uso grande
En razonar de amor; á mí me liga
La lengua aquello mismo
Que el corazon me liga.

TIRSI.

¿ No irémos en efeto?

AMINTA.

Iré sin duda,
Mas no donde tú piensas.

TIRSI.

Pues ¿ adónde?

AMINTA.

Iré á morir, si en mi favor no has hecho
Más de lo que me dices.

TIRSI.

¿ Y esto es poco?

¿ Crees tú que Dafne nos aconsejára
Ir á la fuente, cuando no entendiera
De Silvia el pecho? Por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda
Que, sabiéndolo, calla. Si tú buscas
Hasta el consentimiento suyo expreso,
Buseas derechamente disgustarla;
Y siendo así, ¿ qué es deste tu deseo
Que tienes de servirla y complacerla?
Y si ella aguarda que tu dicha alegre
Se adquiera sólo por tu industria á hurto,
Sin que ella de su mano te la ofrezca,
Por tu vida me di ¿ qué más te importa
Este modo que aqnel?

AMINTA.

¿ Quién me asegura

Ser esa su intencion y su deseo ?

TIRSI.

¡ Oh simple ! Ves aquí que al fin procuras
 La certeza, que á Silvia le desplace,
 Y desplacerle justamente debe,
 Cual tú debieras no buscarla ; y ¿ dónde
 Tienes quien te asegure lo contrario ?
 Si ella así lo pensase, y tú no fueses
 (Pues que la duda y riesgo son iguales)
 ¿ Será mejor morir como animoso
 Que como vil ? Tú callas, tú conoces
 Que estás vencido. Agora me concede
 Esta pérdida tuya, que yo pienso
 Ha de ser causa de mayor victoria.
 Vamos, Aminta, vámonos.

AMINTA.

Espera.

TIRSI.

¿ Cómo espera ? ; No ves que el tiempo huye ?

AMINTA.

Miremos ántes si esto debe hacerse,
 Y en qué manera.

TIRSI.

Todo lo que falta
 Podemos ver por el camino mesmo ;

Mas nada hará quien muchas cosas mira.

COBO.

Amor, ¿ de qué maestro,
 En cuál oculta escuela
 Se aprende esa tu larga
 Arte de amar, incierta ?
 ¿ Quién del entendimiento

Declara las ideas,
 Cuando con alas tuyas
 Al mismo cielo vuela ?
 No lo explicó el Liceo,
 No la famosa Aténas,
 Y en Helicon docta
 Ni Febo lo demuestra ;

Que si de amor discurte,
 Parece que le enseñan ;
 Corto razona y frio
 Con perezosa lengua.

No tiene voz de fuego
 Que á tu primor competa,
 Ni á tus misterios altos
 Sus pensamientos llegan.

Tú, amor, eres el digno
 Maestro de tu ciencia,
 Y tú solo á ti mismo
 Te explicas é interpretas.

Tú enseñas al más rudo
 Que en unos ojos lea
 Lo que tu mano escribe
 Con amorosas letras.

A los amantes fieles
 Desatas tú la lengua
 En delicado estilo

Con elegancia extrema.
Y á mucho más se extiende,
Amor, tu sutileza,
¡Raro saber y extraña
Manera de elocuencia!
Que á veces con palabras
Confusas é imperfectas
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra,
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo
A veces habla y ruega.
Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias;
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia,
Y humillará sus versos
El más alto poeta,
Con pluma sábia eseritos
En doctas academias,
Junto á los que imprimiere
Mi pastertil rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

TIRSI y el CORO.

TIRSI.

¡Oh extremo de crueldad! ¡Oh ingrato pecho!
¡Oh ingrata ninfa! ¡Oh tres y cuatro veces
Mujer ingrata! Y tú, naturaleza,
Negligente maestra, ¿por qué sólo
En el rostro pusiste á las mujeres,
Y en lo aparente, cuanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesia,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay, jóven triste y misero! Sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece.
Bien há tres horas que le busco, y busco
En donde le dejé y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos.
¡Ay, que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos pastores;
Ir quiero á ver si sabe del alguno.—
Decid, amigos, ¿quién ha visto á Aminta
Acaso, ó sabe del alguna nueva?

Con elegancia extrema.
Y á mucho más se extiende,
Amor, tu sutileza,
¡Raro saber y extraña
Manera de elocuencia!
Que á veces con palabras
Confusas é imperfectas
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra,
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo
A veces habla y ruega.
Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias;
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia,
Y humillará sus versos
El más alto poeta,
Con pluma sábia eseritos
En doctas academias,
Junto á los que imprimiere
Mi pastertil rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

TIRSI y el CORO.

TIRSI.

¡Oh extremo de crueldad! ¡Oh ingrato pecho!
¡Oh ingrata ninfa! ¡Oh tres y cuatro veces
Mujer ingrata! Y tú, naturaleza,
Negligente maestra, ¿por qué sólo
En el rostro pusiste á las mujeres,
Y en lo aparente, cuanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesia,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay, jóven triste y misero! Sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece.
Bien há tres horas que le busco, y busco
En donde le dejé y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos.
¡Ay, que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos pastores;
Ir quiero á ver si sabe del alguno.—
Decid, amigos, ¿quién ha visto á Aminta
Acaso, ó sabe del alguna nueva?

CORO.

Tirsi, parecemé que estás turbado.
¿Qué causa te molesta y te fatiga?
¿De qué son estas ánsias y sudores?
¿Hay algún mal? Por Dios, que lo sepamos.

TIRSI.

Temo del mal de Aminta. ¿Habeisle visto?

CORO.

No le hemos visto desde que contigo,
Há buen rato, partió; ¿pero qué temes?

TIRSI.

No se haya muerto él mismo de su mano.

CORO.

¿Él muerto de su mano? ¿Por qué causa?
¿Qué ocasion hallas?

TIRSI.

El amor y el ódio.

CORO.

Dos poderosos enemigos juntos
¿Qué no pueden hacer? Habla más claro.

TIRSI.

El amar una ninfa por extremo,
Y el ser della en extremo aborrecido.

CORO.

Cuenta el caso, te ruego, y entre tanto
(Este es lugar de paso) por ventura
Vendrá alguno que dél nos dé noticia,
Y aun puede ser tambien que él mismo llegue.

TIRSI.

Pláceme de decirlo; que no es justo
Que ingratitud tan grande y tan extraña
Se quede sin la infamia que merece.
Tuvo noticia Aminta (y yo fui, triste,
Quien noticia le di, ya me arrepiento)
Que Silvia y Dafne en una fuente habian
De ir á bañarse; y hácia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,
No de su voluntad, mas de mi pura
Persuasion importuna, pues mil veces
Quiso volverse atras, y á pura fuerza
Yo lo detuve y lo llevé adelante.
Llegábamos ya cerca de la fuente,
Hé aquí cuando sentimos de improviso
Un femenil lamento, y juntamente
Vimos á Dafne, que batia las palmas;
La cual, como nos viese, alzando el grito,
«¡Ay, dijo, socorred; que á Silvia ultrajan!»
Luégo que oyó su enamorado Aminta

Estas palabras, aventóse al campo,
 Furioso como un pardo, y yo seguilo;
 Cuando vemos ligada con un árbol
 La bella ninfa, cual nació, desnuda;
 Y su cabello, su cabello mismo
 Servia de cuerda, y á la planta envuelto
 Estaba con mil nudos, y su cinto,
 Que fué del seno virginal custodia,
 De aquella ofensa era ministro, y ambas
 Las manos le apretaba al duro tronco;
 Hasta la misma planta ligaduras
 Contra ella daba, y de un vencido ramo
 Dos tiernas varas duramente ataban
 Sus delicadas piernas. Allí vimos
 En su presencia un sátiro villano,
 Que entónces acababa de ligarla.
 Fuése tras él Aminta con un dardo
 (Que tuvo acaso en la derecha mano),
 Como un fiero leon; y yo entre tanto
 Estaba ya de piedras prevenido,
 Con que el sátiro vil luyó en efeto.
 Pues como diese espacio su huída
 A que Aminta mirase, él codicioso
 Volvió sus ojos á los miembros bellos,
 Que cual tremola entre los juncos leche,
 Delicados y blancos parecian;
 Y todo vi se demudó en el rostro.
 Despues llegóse blandamente á ella,
 Y con modestia dijo: « ¡Oh bella Silvia!
 Perdona aquestas manos, si llegarse
 A tus miembros es mucho atrevimiento,
 Pues las obliga necesaria y pura
 Fuerza de desatar aquestos nudos;
 No (ya que les concede la fortuna
 Esta felicidad) te pese della. »

CORO.

Palabras de ablandar los pedernales.
 Y ¿qué le respondió?

TIRSI.

Ninguna cosa;
 Mas con vergüenza y con desden, al suelo
 Bajando el rostro, el delicado seno,
 Quanto podia torciéndose, cubria.
 Él, echando delante su cabello
 Rubio, se puso á desatar, y en tanto
 Hablaba así: « ¿Cuándo tan bellos nudos
 Un tan grosero tronco ha merecido?
 Pues ¿qué ventaja llevan los amantes
 Que sirven al amor, si ya comunes
 Son con las plantas sus preciosos lazos?
 Planta cruel, ¿pudiste unos cabellos
 De oro ofender, que tal honor te hacian? »
 Esto le dijo al desatar sus manos,
 En tal modo, que junto parecia
 Que temiese tocarla y descase.
 Bajó luego á los pies por desasirlos;
 Mas como Silvia ya se viese libres
 Las manos, dijo esquivá y desdenosa:
 « No me toques, pastor; soy de Diana;
 Yo me desataré los pies, aparta. »

CORO.

¡Que tal orgullo en una ninfa albergue!
 Por cierto ingrata paga de tal obra.

TIRSI.

Él apartóse con respeto á un lado,
Aun sin alzar los ojos á mirarla,
Aquel placer negándose á sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo, que escondido lo miraba todo
Y lo escuchaba cuando vi tal cosa,
Mil voces quise dar; al fin me abstuve.
Mas oye qué extrañeza; ella en efeto,
Después de gran fatiga, desatóse,
Y sin decir *adiós*, apenas libre,
Partió de allí, como una cierva huyendo.
Y no había causa de temer ninguna,
Que ya de Aminta conoció el respeto.

CORO.

Pues ¿cómo así huyó?

TIRSI.

Porque no quiso
Tener obligación á la modestia
Y amor del jóven, sino á su carrera.

CORO.

¿Que es hasta eso ingrata? Y el cuitado
¿Qué hizo entonces, dinos, ó qué dijo?

TIRSI.

Eso no sé, porque, de furia ardiendo,
Corri por alcanzarla y detenerla,

Al fin perdíla, y fué el trabajo en vano.
Después volví á la fuente donde habia
Quedado Aminta, y no le vi; mas siento
El corazón presago de algun daño.
Sé que estaba dispuesto de matarse
Aun ántes que esto sucediese.

CORO.

Es uso

Y arte del que ama amenazarse á muerte;
Mas raras veces ha llegado á efeto.

TIRSI.

Quieran los altos dioses que no sea
Aminta alguno de los raros.

CORO.

Calla;

Que no será.

TIRSI.

Yo quiere irme á la cueva
Del sabio Elpino, donde, si él es vivo,
Por dicha le hallaré; porque allí suele
Alentar sus tristezas y tormentos
Al dulce són de la zampoña clara,
Que trae las piedras á escuchar del monte,
Hace correr de pura leche el río,
Y miel brotar de las cortezas duras.

AMINTA, DAFNE y NERINA.

AMINTA.

Rigurosa piedad por cierto usaste
Conmigo, Dafne, al detener el dardo;
Porque será mi muerte,
Cuanto más dilatada, más amarga.
Y dime agora, ¿para qué me engañas
Por diversos caminos, y entretienes
Con tus várias razones tan en vano?
Si temes que me mate, mi bien temes.

DAFNE.

¿Por qué te desesperas,
Aminta? Que si yo bien la conozco,
No fué crueldad, sino vergüenza sola,
La que movió á tu Silvia que huyese.

AMINTA.

¡Ay, triste yo, que mi salud sería
Desesperar despues que la esperanza
Mi destruicion ha sido, y todavía
Tienta reverdecer dentro del pecho
Sólo para que viva!
Y al que es tan desdichado,
¿Qué mas fiero tormento que la vida?

DAFNE.

Vive mezquino; miserable, vive
Sólo para que goces
De la felicidad cuando viniere.

Sea premio á tu esperanza
(Si en vivir esperando te mantienes)
Lo que miraste en la desnuda bella.

AMINTA.

No pareció al amor y á mi fortuna
Que era yo enteramente desdichado,
Si no me descubrian
Enteramente aquello que me niegan.

NERINA.

¿Que he de ser yo en efecto la siniestra
Corneja de una nueva tan amarga?
¡Oh para siempre misero Montano!
¿Qué sentirá tu pecho cuando entiendas
El dero caso de tu Silvia cara?
¡Oh viejo padre y ciego!
¡Padre infeliz! Mas ya no serás padre.

DAFNE.

Oigo una triste voz.

AMINTA.

Yo siento el nombre
De Silvia, que me hiere los oidos [cha
Y el corazon; mas ¿quien la nombra? Escu-

DAFNE.

Esta es Nerina, ninfa á Cintia cara,
De bellos ojos y de lindas manos,

Talle gentil y movimiento airoso.

NERINA.

Quiero, con todo, que lo sepa, y trate
De buscar las reliquias miserables, [via!
Si algunas han quedado. ¡Ay, Silvia! Ay, Sil-
¡Ay cómo fué tu suerte desdichada!

AMINTA.

¡Ay de mí! ¿Qué será lo que esta dice?

NERINA.

¿Dafne!

DAFNE.

¿Qué estás hablando entre tí mesma?
O ¿cómo á Silvia nombras y suspiras?

NERINA.

Con ocasion bastante
Suspiro el triste caso.

AMINTA.

¡Ay! ¿De qué caso
Podrá decir aquesta? Que yo siento,
Yo siento el corazon que se me hiela,
Y enflaquece el espíritu.—¿ Está viva?

DAFNE.

Cuenta: ¿qué triste caso es el que dices?

NERINA.

¡Oh cielos! ¿Yo he de ser la mensajera?
Y ¿me obligan tambien á que lo cuente?
Vino desnuda Silvia á mi morada
(Y la causa ya debes de saberla).
Despues, vestida, me rogó que fuese
Con ella á cierta caza, que ordenada
Estaba al bosque dicho de la Encina.
Fuimos: hallamos muchas ninfas juntas
Y luégo á breve rato desemboca
(No sé de dónde) un carnicero lobo
De terrible grandeza, cuyo labio
Manchaba el suelo de sangrienta espuma.
Silvia al momento acomodó una flecha
A un arco que le di; dispara, y dale
En la cabeza; él emboscóse; y ella
Al bosque le siguió, vibrando un dardo.

AMINTA.

¡Oh qué principios de dolor! ¡Ay triste!
¡Qué fin me anuncian!

NERINA.

Yo con otro dardo
Seguí su rastro, pero léjos, léjos,
Porque partí más tarde. Ya que estaban
Dentro del bosque, allí no pude verla;
Mas tanto fuí siguiendo sus pisadas,

Que me hallé en lo más solo y más espeso.
En esto vi de Silvia el dardo en tierra,
Y poco más abajo un blanco velo,
Que yo misma primero á su cabeza
Le revolvi. He aquí cuando miraba
A todas partes, siete lobos veo,
Lamiendo de la tierra alguna sangre,
Vertida en cerco de unos huesos mondos;
Y fué mi suerte que ellos no me vieron
(Tan atentos estaban á su pasto).
Así que, de piedad y temor llena,
Volvime atrás. Aquesto es cuanto puedo
Decir de Silvia, y veis aquí su velo.

AMINTA.

¿Has dicho poco, ninfa? ¡Oh velo! ¡Oh sangre!
¡Oh Silvia, tú eres muerta!

DAFNE.

¡Ay desdichado!
Amortecido está de pena ó muerto.

NERINA.

Aun todavía respira; esto habrá sido.
Algun breve desmayo; ya revive.

AMINTA.

¿Por que así me atormentas,
Dolor, que ya no acabas de matarme?
Quizá á mis manos el oficio dejas.
Yo soy, yo soy contento

Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas ó no puedes.
¡Ay triste! si no falta
A la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo
De la miseria mía, [ne,
¿Qué espero más? ¿Qué busco? ¡Ah Dafne, Daf-
¿Para este amargo fin me reservaste?
¿Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mio
Cuando matarme quise.
Tú lo estorbaste, y estorbólo el cielo,
Al cual le parecía
Que con mi muerte se evitaba el daño
Que ordenado me estaba; mas agora,
Que ha ejecutado su crueldad extrema,
Bien sufrirá que muera,
Y tú sufrirlo debes.

DAFNE.

Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

AMINTA.

¿Qué más quieres que espere?
Ya sobra lo esperado y lo entendido.

NERINA.

¡Oh quién ántes hubiera sido muda!

AMINTA.

Ninfa, dame, te ruego,
Ese su velo, esa funesta y sola
Reliquia suya, porque me acompañe
En este breve espacio
Que me queda de tiempo y de la vida.

NERINA.

¿Debo darlo ó negarlo?
Pero negarlo debo,
Sabida la ocasion por que le pide.

AMINTA.

Cruel, ¿así me niegas
Un tan pequeño dón al punto extremo?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El fiero hado; pues dejarle quiero,
Contigo quede, y aún quedaos vosotras,
Que yo me voy donde volver no espero.

DAFNE.

Aminta, aguarda, escucha;
¡Ay de mí con la furia que se parte!

NERINA.

El camina de suerte
Que es por demas seguirlo; así yo quiero
Proseguir mi viaje, y por ventura
Será mejor que calle,
Y nada cuente al mísero Montano.

CORO.

No es menester la muerte;
Que si es para obligar un pecho noble,
Basta la fe con un amor conforme;
Ni la que se pretende
Es tan difícil fama,
Si persevera firme el que bien ama;
Que es premio amor que con amar se alcanza,
Y muchas veces, si al amor inquiera,
Gloria inmortal el anador adquiere.

ACTO CUARTO.

DAFNE, SILVIA y CORO.

DAFNE.

El viento lleve, con la mala nueva
Que se esparció de tí, tus males todos,
Los por venir, oh Silvia, y los presentes;
Pues te juzgué ya muerta, y, gloria al cielo,
Viva y sana te miro. De tal suerte
Ha contado Nerina tu suceso,
Que ¡ojalá fuera muda y otro sordo!

SILVIA.

Cierto fué grande el riesgo, y ella tuvo
Causa bastante de juzgarme muerta.

DAFNE.

Mas no bastante causa de decirlo.
Ora cuéntame el riesgo, y de qué modo
Tú lo excusaste.

SILVIA.

Yo, siguiendo un lobo,
Me embosqué en lo profundo de la selva
Tanto, que lo perdí de rastra; y mientras
Volverme procuraba al mismo puesto
Donde partí primero, el lobo miro,
Al cual reconocí por una flecha
Que yo le habia clavado de mi mano
Junto á la oreja. Vilo entre otros muchos,
Al rededor de un animal que habian
De fresco muerto, cuya forma entónces
No supe distinguir. El lobo herido
Pienso me conocíó, porque se vino
Contra mí con la boca ensangrentada.
Yo lo esperaba audaz, y con la diestra
Vibraba un dardo: ya tú sabes, Dafne,
Si con destreza sé tirarle, y sabes
Si jamas yerra de mi mano el golpe.
Ya que lo vi tan cerca de mi puesto,
Cuanto me pareció distancia justa
Para la herida, le arrojé mi dardo,
En vano, porque, ó fué de la fortuna
La culpa, ó mia, por herir al lobo
Clavé una planta. Entónces se venia
Con más furioso encuentro á acometerme.
Yo, viéndole tan cerca, que del arco
Era imposible entónces ya valerme,
Y no siendo señora de otras armas,
Dispúsemme á huir, y mientras huyo,
Él me viene siguiendo. Advierte agora:
Un velo, que revuelto yo tenia
A los cabellos, desplegóse en parte,
Y andaba ventilando, tal, que á un ramo
Se marañó. Yo siento que me tiran

Y me detienen, sin saber quién fuese ;
Mas, con el miedo de morir, redoblo
La fuerza á la carrera, y de su parte
El ramo no se vence ni me deja.
Al fin del velo me deshasgo, y pierdo
Con él algunas hebras del cabello ;
Y tantas alas á los pies fugaces
Me puso el gran temor, que libre y sana
De la selva sali. Despues, volviendo
Hácia mi albergue, te encontré turbada,
Toda turbada, y me espanté de verte,
Porque de sólo verme te espantabas.

DAFNE.

Tú estás viva, y alguno ya no vive.

SILVIA.

¿ Qué me dices ? ¿ Te pesa por ventura
Que viva esté ? Qué, ¿ tanto me aborreces ?

DAFNE.

Pláceme de tu vida ; mas me duele
De ajena muerte.

SILVIA.

¿ De qué muerte dices ?

DAFNE.

De la muerte de Aminta,

SILVIA.

¡ Ay ! ¿ cómo es muerto ?

DAFNE.

El cómo no lo sé, ni aún el efeto
Puedo afirmar, mas téngolo por cierto.

SILVIA.

¿ Qué es lo que dices ? Pues ¿ á qué atribuyes
La causa de su muerte ? Di.

DAFNE.

A tu muerte.

SILVIA.

Yo no te entiendo.

DAFNE.

La terrible nueva
Desa muerte, que por cierta tuvo,
Le habrá dado al mezquino el hierro ó lazo,
O alguna cosa tal que lo haya muerto.

SILVIA.

Será vana sospecha la que tienes,
Como la de mi muerte ; que cualquiera
Salva la vida suya mientras puede,

DAFNE.

¡ Ah Silvia! tú no sabes, ni lo crees,
 Cuánto el fuego de amor puede en un pecho,
 En un pecho de carne, y no de piedra,
 Cual ese el tuyo; que si lo creyeras,
 Hubieras ya querido á quien te quiere
 Más que las mismas niñas de tus ojos
 Y el espíritu mismo de tu vida;
 Lo cual sé yo, y áun he lo visto. Vilo
 Cuando huiste, como tigre fiera,
 Al tiempo que debieras abrazarlo;
 Volver le vi contra su pecho un dardo,
 Desesperado y á morir expuesto,
 Y sin arrepentirse al fiero hecho;
 Pues en efecto se pasó el vestido
 Hasta la piel, dejándola teñida
 De su sangre, y pasára más adentro
 La punta y fuera el corazón herido,
 Que tú con más violencia ya heriste,
 Si entónces yo no le detengo el brazo
 Y su furor impido. Quizá aquella
 Herida breve fué un ensayo sólo
 De su furor, de la desesperada
 Constancia suya, y le mostró la vía
 Al hierro audaz, para que ya supiese
 Arrojarle por ella libremente.

SILVIA.

¡ Ay! ¿ qué me cuentas?

DAFNE.

Y despues lo he visto,

Cuando escuchó la desdichada nueva
 De que eras muerta, del afan y angustia
 Amortecerse, y con furor extraño
 Luégo partir de allí para matarse,
 Y desta vez se habrá de véras muerto.

SILVIA.

Qué, ¿ lo tienes por cierto?

DAFNE.

Por sin duda.

SILVIA.

Triste de mí, ¿ por qué no le seguiste
 Para impedirlo? Ven, busquemos, vamo ;
 Que si la muerte mia
 Lo quitaba la vida,
 Más fácilmente espero
 Que mi vida le salve de la muerte.

DAFNE.

Ya le seguí, mas tan veloz corria,
 Que se desapareció de mí en un punto,
 Y nada me valió buscar sus huellas;
 Mas ¿ dónde quieres ir sin rastro alguno?

SILVIA.

Ay Dafne, él morirá si no le hallamos,
 Y será el homicida de sí mismo.

DAFNE.

Ornel, ¿sientes acaso que te usurpa
 La gloria de tal hecho? ¿Tú en efecto
 Quisieras haber sido su homicida?
 ¿No te parece, ingrata, que su muerte
 Debe ser obra de otra que tu mano?
 Ora consuelaté, que, como quiera
 Que el desdichado muera, tú le matas.

SILVIA.

¡Oh Dafne! tú me afliges,
 Y el gran dolor que siento de su daño
 Se aumenta más con la memoria acerba
 De mi rigor pasado,
 Que honestidad llamaba, y fuélo cierto,
 Pero fué muy severa y rigurosa.
 Agora lo conozco, y me arrepiento.

DAFNE.

¿Qué es lo que escucho? ¿Tú piadosa, Silvia?
 ¿Tú en ese corazón sientes afecto
 Alguno de piedad? ¿Qué es lo que veo?
 ¿Tú lloras, tú? ¡Notable maravilla!
 ¿Y es de amor en efecto ese tu llanto?

SILVIA.

No lloro yo de amor; de piedad lloro.

DAFNE.

No importa; la piedad es mensajera

De amor, como el relámpago del trueno.

CORO.

Y aún muchas veces, cuando él mismo quiere
 Entrar oculto en los sinceros pechos
 Que lo excluyeron ántes con severa
 Honestidad, la semejanza toma
 De la piedad, que es su ministra y nuncia;
 Y con estos disfraces engañando
 Las jóvenes sencillas,
 Dentro en sus corazones se aposenta.

DAFNE.

Llanto de amor es éste, mucho abunda,
 Tú callas; en fin, amas, pero en vano.
 ¡Oh poder del amor! justo castigo
 Sobre esta ninfa envía.
 Misero Aminta, tú, como la abeja,
 Que hiriendo muere y en la ajena llaga
 Deja la propia vida, con tu muerte
 Has herido en efecto un duro pecho,
 Que aún no picaste en tanto que viviste.
 Si eres agora espíritu desnudo
 Ya de los miembros, como yo presumo,
 Aquí estarás sin duda.
 Mira su llanto y goza de tu suerte,
 En vida amante y en la muerte amado.
 Y si era tu destino que en la muerte
 Amado fueses, y esta fiera quiso
 Vender su amor por tan subido precio,
 El precio mismo que pidió le diste,
 Y ya su amor con tu morir compraste.

CORO.

Por cierto caro precio al que le ha dado
Cuanto inútil y vil á quien le admite.

SILVIA.

¡ Oh si pudiera ser comprar su vida
Yo con mi amor ó con mi vida mesma,
Si al fin es muerto !

DAFNE.

¡ Oh tardo desengaño !

Tarda piedad sobrada,
Cuando á ningun efecto es de provecho.

ERGASTO, SILVIA, DAFNE, CORO.

ERGASTO.

Traigo tan lleno de piedad el pecho,
Y tan lleno de horror, que no oigo ó veo
Cosa alguna doquiera que me vuelva,
Que todo no me espante y me congoje.

CORO.

¿ Con qué puede venir ¡ ay Dios ! agora
Este pastor, que muestra
Tal turbacion en el semblante y lengua ?

ERGASTO.

Traigo la nueva triste

De la muerte de Aminta.

SILVIA.

¡ Ay, lo que dice !

ERGASTO.

El más noble pastor de nuestras selvas,
El más gallardo, afable y comedido,
Amado de las ninfas y las musas,
Murió en su juventud: ¡ ay, de qué muerte !

CORO.

Dinos cómo, pastor, porque contigo
Llorar podamos su desgracia y nuestra.

SILVIA.

¡ Ay, que no oso llegarme
Adonde escuche y sepa
Lo que saber no excuso !
Duro corazón mío,
Aspero y fiero corazón, ¿ que temes ?
¿ De qué te espantas ? Vete presto, acaba
Contra el cuchillo agudo de una lengua,
Y aquí demuestra agora tu fiereza.
Pastor, yo vengo por la parte mía
De ese dolor que á los demas prometes,
Porque me pertenece
Quizá más que tú piensas,
Y cual debida prenda lo recibo.
Así que de dolor tan propio mío
No debes serme escaso.

ERGASTO.

Ah ninfa, yo te creo;
Que mil veces al misero sentia
Llamar tu nombre, al acabar la vida.

DAENE.

Comienza ya la dolorosa historia.

ERGASTO.

Yo estaba en lo más alto del collado,
Donde mis redes hoy tendido habia,
Cuando bien cerca vi pasar á Aminta,
Muy trocado en el rostro y movimiento
Del que ántes era, muy turbado y triste.
Tras él partí corriendo, y en efecto
Lo alcancé y lo detuve, el cual me dijo:
«Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta acción; mas quiero que me obligues
Antes tu fe con juramento estrecho
De estarle á un lado, y no moverte un paso
A impedir el efecto de mi intento.»
Yo (¿quién pensara tan extraño caso
Ni tan ciego furor?) hice, cual quise,
Mil conjuros horribles, convocando
A Pan, á Pales, Priapo y Pomona
Y á la nocturna Ecates. Luego anduvo,
Y me llevó por lo fragoso y agro
Del collado, por cuevas y barrancos
Incultos, sin camino ó senda alguna,
Do pende al cabo un precipicio á un valle,
Aquí nos detuvimos; yo mirando

Al fondo, estremecíme de improvisó,
Y al punto atras me retiré; y el mozo
Hizo alguna señal como de risa,
Y serenó su rostro, el cual afectó
Fué el motivo mayor de asegurarme.
Después hablóme así: «Mira que cuentas
Lo que verás, á ninfas y pastores.»
Luego dijo, mirando al hondo valle:
«Si yo á mi voluntad hallar pudiera
Prontos así de los hambrientos lobos
El vientre y los colmillos, como tengo
Este despeñadero, bien quisiera
Morir la muerte que murió mi vida.
Quisiera que estos miembros miserables
Fuesen despedazados
¡Ay triste! como fueron
Aquellos de mi Silvia delicados;
Mas, puesto que no puedo,
Y ya que á mi desco
El cielo niega las voraces fieras,
Quiero seguir camino diferente
Para morir. Yo seguiré otra vía,
La cual será á lo ménos
La más breve, sino la que debia.
Ea, Silvia, yo te sigo,
Yo voy á acompañarte,
Si tú no me desdeñas;
Y muriera contento si entendiera
Al ménos con certeza que seguirte
No fuese disgustarte y que tus iras
Se hubiesen acabado con la vida.
Ea, Silvia, ya te sigo.»
Esto dicho, de encima del barranco
Precipitóse, vuelta la cabeza
Hacia lo hondo, y yo quedéme helado.

SILVIA.

¡Ay desdichada!

DAFNE.

¡Miserable Aminta!

CORO.

¿Por qué no lo impediste?
¿Hizote a caso estorbo
A detenerlo el juramento hecho?

ERGASTO.

No, no; que, despreciando el juramento,
Vano quizá en tal caso,
Cuando advertí su temeraria y loca
Resolución, corrí con ambas manos,
Y como quiso su enemiga suerte,
Lo así deste cendal, que lo ceñía,
El cual, no siendo á sostener bastante
El peso con el ímpetu del cuerpo,
Que ya del todo abandonado estaba,
Se me quedó en la mano hecho pedazos.

CORO.

Y ¿qué fue de su cuerpo desdichado?

ERGASTO.

No lo sabré decir, porque yo estaba
Con tal horror y lastima, que cierto

No tuve corazón para asomarme,
Por no mirarlo dividido en piezas.

CORO.

¡Oh lastimoso caso!

SILVIA.

Bien soy de piedra dura,
Pues una nueva tal aún no me acaba.
¡Triste de mí, si aquella falsa muerte
De quien lo odiaba tanto,
Le ha quitado la vida, justo fuera
Que la infalible muerte
De quien me quiso tanto
Me quitase la vida!
Y quiero me la quite, si no puede
Con el dolor, al menos con el hierro,
O ya con este esñidor infausto;
Este, que no sin causa
No siguió las ruinas
De su caro señor, mas quedó sólo
Para tomar venganza.
De mi crueldad y de su muerte injusta.
Prenda infeliz de dueño
Mucho más infeliz, no te disguste
Quedar en este abominable albergue,
Que solamente quedas
Para instrumento de venganza y pena.
Por cierto yo debía
Haber sido en el mundo compañera
Del infeliz Aminta; y pues no quise,

Seré por obra tuya su consorte
En el profundo abismo.

CORO.

Consuélate zagala;
Que no es tuya la culpa,
Sino de la fortuna.

SILVIA.

De qué llorais, pastores?
Si de mi afán llorais, yo no merezco
Piedad ninguna, que no supe usarla;
Y si llorais la desdichada muerte
Del misero inocente, es muy pequeña
Demostracion de pérdida tan grande.
Y tú, mi Dafne, enjuga,
Por Dios, esas tus lágrimas, si he sido
Yo la ocasion, y suplicarte quiero
(No por piedad de mí, sino del triste,
Que fué más digno de ella.)
Me ayudes á buscar sus miserables
Miembros y sepultarlos.
Este cuidado solamente impide
El darme aquí la muerte.
En este oficio solo
Quiero pagar, pues otro no me queda,
El amor que me tuvo. Bien que puede
Contaminar esta homicida mano
La piedad de la obra, mas con todo,
Entiendo y sé que le será agradable,
Al ménos por ser obra de mi mano,
Porque me quiere y ama,
Cual lo mostró muriendo,

DAFNE.

Soy contenta por cierto de ayudarte
En el piadoso oficio;
Mas tú morir del pensamiento borra.

SILVIA.

Hasta agora viví para mí mesma
Y para mi fiereza; agora quiero
Vivir lo que me queda para Aminta,
O viviré á lo ménos
Para su helado y misero cadáver;
Tanto, y no más es lícito que viva,
Y luégo que se acaben
A un tiempo sus exequias y mi vida.
Pero dime, pastor, ¿por qué camino
Podemos ir al valle do el barranco
Tiene su asiento?

ERGASTO.

Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

DAFNE.

Vamos, guiaréte yo; que bien me acuerdo
Deste lugar que dice.

SILVIA.

Adios, pastores;
Prados, adios; adios, selvas y rios.

ERGASTO.

Hablando va de suerte, que denota
Estar dispuesta á la última partida.

CORO.

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas dulce y blando,
Siempre amigo de paz y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando.
A la vez que dos almas en la tierra
Ligas, sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Qué no desdenas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamas turbadas iras;
Así tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras.
El odio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazon retiras,
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO.

ELPINO y CORO.

ELPINO.

No hay duda que la ley con que gobierna
Amor su grande imperio eternamente
No es injusta ni dura, y que sus obras,
Llenas de providencia y de misterio,
Sin razon se abominan y condenan.
¡Oh cuán artificioso por caminos
No conocidos encamina al hombre
A su felicidad! Y entre los bienes
Lo pone al fin de su amorosa gloria,
Cuando él se juzga al fondo de sus males.
Hé aquí precipitado Aminta sube
Al sumo colmo del mayor contento.
¡Oh tú feliz, oh venturoso Aminta,
Y más, cuanto más fuiste desdichado!
Esperar con tu ejemplo agora puedo
Que vez alguna aquella dulce ingrata,
Que con piadosa risa encubre y cela
El acero mortal de su fiera,
Con fiel piedad mi corazon repare,
Que con piedad fingida tiene herido,

ERGASTO.

Hablando va de suerte, que denota
Estar dispuesta á la última partida.

CORO.

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas dulce y blando,
Siempre amigo de paz y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando.
A la vez que dos almas en la tierra
Ligas, sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Qué no desdenas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamas turbadas iras;
Así tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras.
El odio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazon retiras,
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO.

ELPINO y CORO.

ELPINO.

No hay duda que la ley con que gobierna
Amor su grande imperio eternamente
No es injusta ni dura, y que sus obras,
Llenas de providencia y de misterio,
Sin razon se abominan y condenan.
¡Oh cuán artificioso por caminos
No conocidos encamina al hombre
A su felicidad! Y entre los bienes
Lo pone al fin de su amorosa gloria,
Cuando él se juzga al fondo de sus males.
Hé aquí precipitado Aminta sube
Al sumo colmo del mayor contento.
¡Oh tú feliz, oh venturoso Aminta,
Y más, cuanto más fuiste desdichado!
Esperar con tu ejemplo agora puedo
Que vez alguna aquella dulce ingrata,
Que con piadosa risa encubre y cela
El acero mortal de su fiera,
Con fiel piedad mi corazon repare,
Que con piedad fingida tiene herido,

CORO.

Aquí se nos acerca el sabio Elpino,
 Y escuchad sus razones; que de Aminta
 Hablando viene, como si él viviera,
 Y le llama feliz y venturoso.
 ¡Oh condicion de los amantes dura!
 Sin duda juzga venturoso amante
 Al que muriendo al fin piedad alcanza
 En el amado pecho de su ninfa.
 Esto tiene por gloria y esto espera.
 ¡De cuán ligero premio el dios alado
 Contenta sus secuaces! Dime, Elpino,
 ¿En estado tan misero te hallas,
 Que venturosa llamas á la muerte
 Del infeliz Aminta, y semejante
 Fin desdichado para ti deseas?

ELPINO.

Amigos, bien podeis estar alegres,
 Porque es falsa la fama de su muerte.

CORO.

¡Oh quanto nos alegra lo que dices!
 En fin, ¿ha sido falso, segun esó,
 Que se precipitó?

ELPINO.

Verdad ha sido;
 Mas fué feliz el precipicio, tanto,
 Que en una imágen misera de muerte
 Le trajo vida y bien. Agora queda

Entre los dulces brazos de su ninfa,
 Piadosa ya, lo que ántes rigurosa;
 La cual en tanto con su boca misma
 Las lágrimas le enjuga de los ojos.
 Así, voy á llamar al buen Montano,
 Della padre, y llevarlo donde agora
 Quedaban juntos, porque el gusto suyo
 Les falta solamente, y ya dilata
 La voluntad unánime de entrambos.

CORO.

Iguales son de edad y gentileza,
 En el deseo conformes, y Montano
 De nietos deseoso, y de ampararse
 Alegre en la vejez con tal presidio;
 Así que, el gusto de ambos será suyo.
 Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
 Cuál dios ó cuál ventura al buen Aminta
 Salvarle pudo de peligro tanto.

ELPINO.

Yo lo diré: escuchad, escuchad todos
 Lo que vi por mis ojos. Yo me estaba
 Junto á mi cueva, que vecina al valle,
 Y casi al pié del gran collado, yace,
 Do forma falda su ladera enhiesta.
 Allí con Tirsí andaba razonando
 De aquella que en la misma red y lazos,
 Primero á él, y á mi despues, ha envuelto,
 Y anteponiendo mi servir continuo
 A su retiramiento y libre estado;
 Cuando una voz nos levantó los ojos,
 Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,

Y verlo dar sobre una espesa mata,
Fué todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros, producido
De mucha hierba, espinos y otros ramos
Juntos y estrechamente entretejidos,
Un grande haz. En éste, antes que diess
En otra parte, vino á dar el golpe;
Y bien que el peso al fin lo desfrondase,
Y él más abajo á nuestros piés cayese,
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto impetu quitó de la caída,
Que ella no fué mortal; pero con todo,
Tan grave fué, que un hora larga estuvo
Como aturdido y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improviso,
Conociendo al pastor; mas conociendo
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitigamos.
Tirsi entónces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes;
Mas mientras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese;
Enviado ya á llamar Alfesibeo,
A quien Tebo enseñó la medicina
Cuando le dió la cítara y el plectro,
Llegaron juntamente Dafne y Silvia,
Que, como luego supe, iban buscando
El triste cuerpo que tenía por muerto.
Pues cuando Silvia lo conoce, y mira
En las mejillas pálidas de Aminta
Una belleza tal, que la violeta
Nunca tan dulcemente se marchita,
Y él con gemido débil, que parece
Que en los suspiros últimos al aire

Exhala el alma; á guisa de bacante,
Con altos gritos y herirse el pecho
Se arroja con el cuerpo, que yacia,
Juntando rostro á rostro y boca á boca.

CORO.

Pues ¿cómo no la abstuyo la vergüenza,
Siendo ella tan severa y tan esquivá?

ELPINO.

Abstiene la vergüenza un amor débil,
Mas de un amor constante es débil freno.
Luego, como si fueran sendas fuentes
Sus ojos, comenzó con vivo llanto
Del jóven á bañar el rostro frio;
Y fué aquel agua de virtud tan grande,
Que en sí volvió, y abriendo ya los ojos,
Un ay profundo le salió del pecho
Con gran dolor; y el ay que tan amargo
Partió del corazón, se encontró luego
Con el aliento de su Silvia cara,
Que lo acogió en su boca, y en aquesta
Se convirtió al instante dulce y puro.
¿Quién os sabrá decir cómo quedaron
En aquel punto entrambos, ya seguro
Del amor de su ninfa el fiel Aminta,
Y viéndose en sus brazos apretado?
Quien sabe qué es amor, él solamente
Por sí mismo lo juzgue, mas no entiendo
Puede juzgarse, cuanto más decirse.

CORO.

¿En fin, Aminta está de suerte sano,
Que ya no hay riesgo de su vida?

ELPINO.

Aminta

Está pues sano, aunque su rostro un poco
Tiene arañado, y quebrantado el cuerpo;
Mas es nada en efecto, y él lo estima
Por ménos de lo que es. ¡Dichoso jóven,
Que así ha dado señal de amor tan grande,
Y agora logra del amor el premio,
A quien las penas todas y peligros
Pasados sirven de mayor contento!
Pero quedáos á Dios, porque yo sigo
Mi camino á buscar al buen Montano.

CORO.

No sé si, siendo tanta la amargura
Que ese pastor amante
Ha padecido en su penoso estado,
Puedo al presente alguna gran dulzura
Darle sabor bastante
En recompensa á todo el mal pasado,
Y si es más estinado,
Y más alegre el bien tras muchos males,
Amor, de bienes tales,
Premia á los otros que en dominio tienes;
Que yo no pido tus mayores bienes.
Tras breves ruegos y servicios breves,

Quiero me admita luégo
Mi amada ninfa con amor piadoso,
Y sólo mezele de cuidados leves
Nuestro dulce sosiego,
No tan grave tormento y riguroso,
Mas un desden celoso,
Una esquiviza blanda enamorada;
Guerra en fin limitada,
A quien la dulce paz y tregua siga,
Que en más ardor los corazones liga.

SONETOS Y CANCIONES

DEL

PETRARCA Á LAURA.

TRADUCCION DE ENRIQUE GARCÉS.

SONETOS.

Efectos de la presencia ó ausencia de Laura.

¡Qué lágrimas, ay triste, van lloviendo
De mis ojos con viento congojoso,
Cuando á miraros vuelvo desecoso
Por quien me voy del mundo despidiendo!
Aunque por otra parte bien entiendo
Que vuestra dulce risa algún reposo
Van dando á mi martirio más fogoso,
Mientras en vos los ojos voy poniendo.
Después viendo con altos tan suaves
Mis soles despedirse y absentarse,
Helado quedo y doy diez mil sospiros;
Largada al fin con amorosas llaves,
El alma en pena viene á desgarrarse
Del corazón, y sólo por seguros.

Responde á Stramazzo de Perugia que le invitaba á versificar.

Si aquella noble planta, que tocada
 No suele ser del rayo fulminoso,
 Me concediera el ramo glorioso
 Que orna al que en Helicon hace morada,
 No pudiera de mí no ser amada
 La compañía que el vulgo más pomposo
 Desprecia, mas seguirla yo no oso,
 Que Pálas va de mí muy desviada.
 Y no hierve la arena de Etiopía
 Al más ardiente sol, ó de otra parte,
 Cual yo perdiendo cosa á mí tan propia.
 Buscad, pues, otra fuente que más harte,
 Que la mía de humor padescer inopia,
 Salvo el que de mis ojos se reparte.

Que no espera otra paz ni desengaño para su amor sino la muerte.

Cuanto al extremo más me voy llegando,
 Que el sér humano suele ir breve haciendo,
 Conozco más que el tiempo va corriendo,
 Y quel falso esperar me va burlando.
 Y digo á mis cuidados ya tratando :
 Mucho de amor no iremos, porque entiendo
 Que me voy como nieve deshaciendo,
 Lo cual alguna paz nos irá dando.
 Irá también cayendo la esperanza
 Que devanear me ha hecho grandemente,
 Y la risa y temor, el llanto é ira :

Así podremos ver cuán fácilmente
 El hombre por lo incierto se abalanza,
 Y cómo en vano á ratos se sospira.

En presencia de Laura no puede hablar ni suspirar.

Ingrata lengua, por lo que he mirado
 Por tí, que en menoscabo no cayeses,
 Creyendo que otra tal paga me dieses,
 Con ira y con vergüenza me has dejado.
 ¡Que cuando pensé ser aprovechado
 De tí, que fría entónces te volvieses.
 Y que lo que decias profirieses,
 Como el que de gran sueño ha despertado!
 ¡Vos, lágrimas continuas, que olvidarme
 Jamas sabeis, al tiempo que os habia
 Más menester, vinisteis á dejarme!
 Sospiros también vos que á gran porfía
 Salis, allí faltasteis por matarme :
 Sólo el rostro mi pecho descubria.

Expresa su turbacion, no atreviéndose á hablar á Laura.

Lleno de un pensar vago que desvia
 De mí todo otro nuevo pensamiento,
 Desahilado voy fuera de tiento
 Tras aquella de quien huir debía.
 Y véola tan dulce y poco pía,

Que l'alma mia temblar por irse siento :
Tanto armada sospiro en seguimiento
Tras la enemiga va de amor y mia.
Mas de piedad, si no me engaño, un rayo
Por debajo dos arcos salir veo,
Que alivia algo á mi pecho congojoso ;
Y recogida el alma, si me ensayo
A descubrir mi mal y mi deseo,
Es tal, que comenzar no sé ni aun oso.

Elogios de Laura al expresar lo acerbo de la pena por
causa de su muerte.

¡ Ay rostro y vista, extremos de dulzura !
¡ Ay repasado andar, grave y sincero !
¡ Ay razonar que á todo ingenio fiero
Con humildad hinchias de blandura !
¡ Ay risa do salió la flecha dura
De que para consuelo muerte espero,
Alma digna del mundo todo entero
Si ántes bajado hubieras de l'altura !
Por tí conviene que arda, confianza
En tí tuve, y de tí ser apartado
Es desventura que en extremo siento.
De deseo me henchiste y de esperanza
Cuando de tí partí muy consolado ;
Mas ¡ ay ! que todo lo ha llevado el viento.

CANCIONES.

Triste por la ausencia de Laura, arde en deseos de verla.

Es tan débil el bilo á que se atiene
Mi trabajosa vida,
Que si no es socorrida ;
Su curso al fin será presto llegado.
Porque despues de la cruel partida
Que de quien me sostiene
Hice, sola detiene
Una esperanza que no haya acabado,
Diciendo : « Aunque apartado
Seas de lo querido,
No pierdas el sentido :
¿ Qué sabes si verás con mejoría
El tiempo en algun día ?
¿ O si se cobra el bien que se ha perdido ? »
Así pasando voy lo que padezco
Con esperar, y en ello me envejezco.
Pasa el tiempo y las horas van midiendo
Con tal priesa el camino,
Que á mi me falta tino
Para pensar cuán cerca mi muerte anda ;
Que apenas en Oriente un matutino
Rayo va pareciendo,
Que no le vean hiriendo

Que l'alma mia temblar por irse siento :
Tanto armada sospiro en seguimiento
Tras la enemiga va de amor y mia.
Mas de piedad, si no me engaño, un rayo
Por debajo dos arcos salir veo,
Que alivia algo á mi pecho congojoso ;
Y recogida el alma, si me ensayo
A descubrir mi mal y mi deseo,
Es tal, que comenzar no sé ni aun oso.

Elogios de Laura al expresar lo acerbo de la pena por
causa de su muerte.

¡ Ay rostro y vista, extremos de dulzura !
¡ Ay repasado andar, grave y sincero !
¡ Ay razonar que á todo ingenio fiero
Con humildad hinchias de blandura !
¡ Ay risa do salió la flecha dura
De que para consuelo muerte espero,
Alma digna del mundo todo entero
Si ántes bajado hubieras de l'altura !
Por tí conviene que arda, confianza
En tí tuve, y de tí ser apartado
Es desventura que en extremo siento.
De deseo me henchiste y de esperanza
Cuando de tí partí muy consolado ;
Mas ¡ ay ! que todo lo ha llevado el viento.

CANCIONES.

Triste por la ausencia de Laura, arde en deseos de verla.

Es tan débil el bilo á que se atiene
Mi trabajosa vida,
Que si no es socorrida ;
Su curso al fin será presto llegado.
Porque despues de la cruel partida
Que de quien me sostiene
Hice, sola detiene
Una esperanza que no haya acabado,
Diciendo : « Aunque apartado
Seas de lo querido,
No pierdas el sentido :
¿ Qué sabes si verás con mejoría
El tiempo en algun día ?
¿ O si se cobra el bien que se ha perdido ? »
Así pasando voy lo que padezco
Con esperar, y en ello me envejezco.
Pasa el tiempo y las horas van midiendo
Con tal priesa el camino,
Que á mi me falta tino
Para pensar cuán cerca mi muerte anda ;
Que apenas en Oriente un matutino
Rayo va pareciendo,
Que no le vean hiriendo

Luégo en el monte opuesto á la otra banda;
Y es tan larga la tanda
De los pesados males
Que pasan los mortales,
Que cuando me hallo de aquel lindo viso,
Por tal trecho diviso,
Viendo al deseo ser tan designales
Las alas, pierdo mi consuelo usado,
Ni sé si estaré mucho en tal estado.
Entístéseme todo, á do no veo
Los dos ojos suaves
Que allá tienen las llaves
Desta alma como amor lo ha pretendido;
Y porque mis destierros sean más graves,
Si duermo, ó velo, ó leo,
Allí tengo el deseo,
Y sin ellos no me ha cosa placido.
¡Ay, dónde estoy metido!
¡Cuánto mal, cuántas cumbres
Ascunden las dos lumbres
Que aserenaban las tinieblas mías
Muy más que claros días!
Porque más me consuman pesadumbres,
Que cuanto era mi vida antes gozosa,
Tanto es la presente áspera y penosa.
¡Triste! si tratar desto más refresca
El ardiente deseo,
Que dende entónces veo
Que atras de mí dejé lo que excedía,
Y si olvido á Amor mata, é yo lo creo,
¿Cómo me voy tras yesca
Con que mi dolor crezca?
Como un mármol callar más me valdria,
Que cristal no podría
Mostrar de tal manera

Lo oculto por de fuera,
Como esta mi alma muestra los cuidados
Tan al vivo sacados,
Y la dulzura del corazon fiera
Por los ojos que, vagos, del lamento
Me buscan dia y noche algun contento.
Suele entre los mortales muy de presto
Un nuevo gusto hallarse,
Que sólo quiere hartarse
De amor lo que da penas á manojos:
Yo soy quien suele dello más cebarse,
Y doy bien muestra desto
Siendo tan manifiesto
Que nunca sin llorar están mis ojos.
Y porque mis antojos
(Si tengo de creellos)
Son ver dos ojos bellos,
Que no hay cosa que así me toque adentro,
Allí recorro y entro,
Porque el dolor se anamente más con ellos
Y sean corazon y ojos punidos,
Pues fueron en amar tan atrevidos.
El cabello que al sol hacer podría
De mucha envidia lleno,
Y aquel mirar sereno
A do el amor sus tiros ha templado,
¡Que ante tiempo me privan del ameno
Regalo, cortesia
Que á toda otra excedia,
De lo que por merced me era otorgado!
Mas ¡ay! que es ya quitado;
Y cierto que sufriera
Otra ofensa cualquiera
Mejor que no perder aquel derecho,
Que encaminar mi pecho

Solia á la virtud pura y sincera,
Tal que negocio oír de hoy más no espero
Que no me sea triste y lastimero.
Y por poder llorar con más contento,
Los brazos soberanos,
Y aquel marfil de manos,
Y los actos de que usa tan á punto,
Y los dulces desdenes más que humanos,
Y el pecho casto exento,
Torre de entendimiento,
Ma quitan estas sierras todo junto.
¡Ay! que ántes de difunto
No sé si podré verla,
Que temo de perderla,
Segun que va dudosa mi esperanza,
Ni tengo confianza
De en mi vida poder enternescerla,
En quien honestidad y cortesía
Albergan donde alberga el alma mía.
Cancion mía, si imaginas,
En viendo á mi señora
Do suele, que á la hora
Ella te haya de dar su linda mano
(De que estoy bien lejano),
No presumas tocarla, ántes la adora,
Y dile que allá voy del todo expreso,
Espíritu ó vestido en carne y hueso.

Descripción alegórica del origen de su amor.

Una nueva Angelita desde el cielo
A una fresca ribera se bajaba,

Por do llevado m'habia mi destino;
Y viendo que iba solo, allí en el suelo
Un lazo qua de sedurdiendo estaba,
Me puso en lo más verde del camino.
Asíome, y con la luz que resurgia
Lleno quedé mi pecho de alegría.

Renuévase la memoria de Laura en los lugares por ella
visitados.

Aguas frescas sabrosas,
Donde el cuerpo agraciado
Puso aquella que siempre me es señora;
Lindas ramas umbrosas
Donde arrimó su lado,
De que me acuerdo con suspiro agora,
Y ves, dones de Flora,
Que aquella vestidura
Hinchió de aire sereno,
Y el sobrehumano seno
De do me hirió de amor la flecha dura,
Dad audiencia juntos
A mis postreros y penosos puntos.
Mas si es tal mi destino
Y así lo quiere el cielo,
Que amor cierre estos ojos lamentando,
Este cuerpo mezquino
Se entierre en este suelo,
Y el alma al ciclo vueltas dé volando.
Así será más blando

El trago (si esto es cierto)
En el dudoso paso,
Que el espíritu laso
No puede desnudar en mejor puerto
Ni en más apta posada
Los huesos de esta carne trabajada.
Tiempo venir podría
Que al sitio acostumbrado
La mansueta fiera allí volviendo
En semejante día
Que della fui llagado,
Su pia y dulce vista revolviendo,
Buscando y no me viendo,
Por ser tierra tornado,
El mismo amor le inspire,
De suerte que sospire
Tan dulce, que merced me haya ganado,
Haciendo fuerza al cielo,
Enjugando sus ojos con el velo.
Acuérdome bajaba
(¡Ay qué dulce memoria!)
Una lluvia de flores muy cuajada
Donde ella se estaba
Humilde en tanta gloria,
De un amoroso viento rodeada.
La ropa era sembrada,
Y crenchas aquel día
(Que oro bruído y perlas
Entonces era verlas)
Dellas, y alguna en tierra se caía,
Otras mil vueltas dando,
Cuasi «aquí reina amor» iban cantando.
Cuántas veces decía,
De amor y espanto lleno,
«Por cierto ésta ha nascido en paraíso»;

Tan fuera me traía
De mí su aire sereno
Y la rareza de su lindo viso;
Y aún creí ser diviso
De mí mismo de suerte,
Que decía sospirando:
«¿Cómo aquí vine ó cuándo?»
Creyendo estar n'el cielo do no hay muerte.
Así me satisfacé
Tanto el lugar, que nada otro me place.
Cancion, si fueras tal como el deseo,
Pudieras fácilmente
Salir del bosque y andar entre la gente.

FIN.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Advertencia del editor.	5
La Vida Nueva.	7
Aminta.	87
Prólogo.	id.
Acto primero.	91
Acto segundo.	115
Acto tercero.	140
Acto cuarto.	155
Acto quinto.	172
Sonetos y canciones.	179

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JEV
TEC